



LO QUE SIGNIFICA SER REFORMADO

Una Perspectiva
Hispanoamericana

UNA AFIRMACIÓN
DE NUESTRA
IDENTIDAD



CHRISTIAN
REFORMED
CHURCH

Indice

Una perspectiva hispanoamericana	
Palabras de presentación.	2
El acento reformado hispanoamericano	3
Nuestro árbol genealógico	5
Nuestro acercamiento a lo que significa ser reformado.....	9
Lo que creemos: el énfasis doctrinal	10
La manera en que experimentamos nuestra relación cotidiana con Dios: Piedad evangélica.....	12
Cómo nos relacionamos con el mundo: El énfasis en la transformación.....	17
Una afirmación de nuestra identidad	
Palabras de presentación.	21
Prefacio	23
El acento reformado.....	24
Nuestro árbol genealógico	27
Tres acercamientos a lo que significa ser reformado.	30
Lo que creemos: el énfasis doctrinal	32
La manera en que experimentamos nuestra relación cotidiana con Dios: El énfasis en la piedad	41
Cómo relacionamos el Evangelio con el mundo: El énfasis en la transformación	50
Integrando los tres acercamientos a la fe reformada	58

Lo que significa ser cristiano reformado desde una perspectiva hispanoamericana

Palabras de presentación

La Iglesia Cristiana Reformada en América del Norte (CRCNA) produjo en octubre de 2002 el documento sobre “Lo que significa ser Reformado. Una Afirmación de Nuestra Identidad.”

Dicho escrito traza un perfil de la identidad reformada de manera sencilla y precisa. Busca también poner de relieve y elogiar la diversidad cultural de quienes somos miembros de esta denominación y a la vez definir la visión y misión que ha formado a esta comunidad de fe a lo largo de los años.

Este *Suplemento* que hemos redactado, es de carácter **preliminar** y representa sólo a una parte de los líderes, evangelistas, pastores, maestros y creyentes en general que se consideran de origen hispanoamericano y que forman parte de la Iglesia Cristiana Reformada en los Estados Unidos y el Canadá. Deseamos expresar en este *Suplemento* lo que significa para nosotros poseer una identidad reformada, y así, junto al documento *Identidad Reformada*, hacer oír nuestra voz y acento propios, para que de esta manera sirva también como un instrumento útil y valioso a nuestras iglesias en el continente americano.

Esperamos que nuestra contribución estimule a quienes hasta ahora no han podido ofrecernos sus sugerencias, y así, en revisiones futuras de este documento, podamos incluir más voces a este mensaje en común.

Las citas bíblicas que se encuentran en esta versión han sido tomadas de la Nueva Versión Internacional © 1999.

Febrero de 2004 (versión castellana).

El acento reformado hispanoamericano

Las congregaciones hispanas de la ICR en los Estados Unidos, están compuestas por personas originarias de distintos lugares del continente americano y el Caribe. Esta realidad hace posible que en cada congregación se pueda experimentar la gran riqueza cultural de nuestros pueblos.

A principios del siglo xxi, encontramos que nuestras iglesias se componen predominantemente de inmigrantes de primera generación, recién llegados a los Estados Unidos, empujados a emigrar al norte por la creciente pobreza, violencia, falta de oportunidades y las recurrentes crisis políticas y sociales de nuestros países. En esto, no somos distintos a ningún grupo étnico de origen europeo que en el pasado inmigró a este país, o a otras etnias que se vieron forzadas a emigrar hacia los EE.UU., o incluso a gente que fue forzada a venir por la vía de la esclavitud y la explotación.

Venimos cargados de dolor y esperanza. Somos portadores de una fe que nos ha costado vivirla y propagarla en medio de culturas adversas a ella. Contamos todavía a múltiples mártires que sufrieron y murieron por el simple hecho de esforzarse por vivir y predicar el Evangelio en nuestros países de origen. Todavía en muchas partes de la América morena se sufre diversas formas de intolerancia religiosa y ostracismo social por pertenecer a una fe que no es la de la mayoría. Esta experiencia histórica ha moldeado y sigue moldeando nuestra reflexión teológica y la expresión de nuestra fe.

Dejar nuestra tierra y nuestra parentela para venir a un país que nos percibe con desconfianza y hostilidad no es fácil. Ministrar bajo circunstancias laborales a menudo injustas y discriminatorias, incluso de nuestros paisanos, hace aún más difícil nuestra vida en este país. Sin embargo, luchamos por ganarnos el respeto y el trato digno y honorable que todo ser humano merece, dentro y fuera de nuestras comunidades cristianas. Celebramos con profunda alegría y gratitud la salvación que hemos recibido.

El surgimiento de ICR de habla hispana ha tenido diversos orígenes. Uno de ellos fue el

ministerio en el oeste de Michigan con trabajadores agrícolas inmigrantes; muchos de nosotros llegamos a los Estados Unidos gracias al esfuerzo de iglesias de la ICR que acogieron a exiliados cubanos y con los cuales se fundaron varias iglesias en Florida, Nueva Jersey y Michigan. Muchos más, desde distintos países y por múltiples razones, hemos llegado a este país y nos hemos incorporado a la ICR por razones de afinidad teológica, por haber conocido allí al Señor, o por haber sido invitados a servir como evangelistas, pastores y maestros en las diversas iglesias y agencias de la denominación. Ahora juntos conformamos las iglesias de habla castellana de la ICR que, lejos de ser monoculturales, manifiestan una rica diversidad cultural.

Estas experiencias nos han dado una comprensión de la fe reformada que valoramos enormemente. Para muchos de nosotros, nuestra entrada al seno de la iglesia se llevó al cabo por medio de una experiencia de conversión al Evangelio. Hemos sido rescatados de una vida de pecado y recibido la abundante gracia de Dios. Somos convertidos y vivimos con pasión y entrega la fe que fue dada a la iglesia. Seguimos a Jesús tomando nuestra cruz cada día; adoramos a Dios con fervor; valoramos altamente el bienestar de nuestras familias y educamos a nuestros hijos en la fe bíblica y reformada; predicamos nuestra fe con entusiasmo y convicción a quienes nos rodean y nos regocijamos en la gloriosa esperanza de la redención del pueblo de Dios y de la creación misma cuando nuestro Señor regrese en gloria.

Este acento hispanoamericano se ha desarrollado gracias a lo que hombres y mujeres de la familia reformada nos han enseñado en el pasado. Estamos en deuda con muchos siervos y siervas de Dios de otras culturas. Al mismo tiempo, creemos que nuestro acento peculiar también tiene mucho que contribuir y enriquecer a los demás acentos que hoy conforman la Iglesia Cristiana Reformada.

Nuestro árbol genealógico

Nosotros, los reformados hispanoamericanos, no llegamos a las costas de América del Norte en el Mayflower (1620). Más de un siglo antes, en 1492, otros barcos, la Niña, la Pinta y la Santa María, habían arribado a las islas del mar Caribe procedentes de España. Fruto de ese arribo fue el doloroso nacimiento de pueblos mestizos de sangre, cultura y religión, que hoy forman predominantemente las naciones latinoamericanas.

La fe «cristiana» llega a nuestras tierras bajo la señal de la espada y de la cruz, en ese orden propiamente dicho. La religión y cultura española se impusieron sobre las indígenas con el uso de la violencia, el atraco y la violación. Y durante tres siglos más, la cultura y religión españolas se mantuvieron vigentes gracias a los eficientes oficios de un sistema monárquico y religioso que supo explotar todos los estratos de la sociedad colonial. La contrarreforma del Concilio de Trento (1545-63) fue lo que definió el perfil religioso y cultural de la América latina hasta principios del siglo xix. Es importante reconocer que en algunos países sudamericanos ya existía desde el siglo xvi una presencia reformada por medio de lo que se ha denominado *protestantismos de inmigración*.

Durante el siglo xix la mayoría de las naciones latinoamericanas y caribeñas lograron su independencia de España y Portugal. En su afán por romper con el pasado colonial e ingresar a la era «moderna», las jóvenes naciones latinoamericanas adoptaron la ideología socio-política y económica de los modelos por excelencia, las naciones industrializadas: Estados Unidos, Francia e Inglaterra.

En ese contexto llega el protestantismo a Latinoamérica, mayormente estadounidense, portando las grandes verdades de la Reforma Protestante del siglo xvi. Si bien se trataba de una religión de personalidad muy foránea, paulatinamente fue adquiriendo carta de identidad en los países latinoamericanos, y hoy día constituye la norma de fe y vida de minorías religiosas que, como la levadura, van leudando

poco a poco a pueblos y naciones de habla hispana.

Aparecen también otras formas de rechazo a la fe evangélica, las cuales provienen de muchos intelectuales liberales y de izquierda, que consideran al protestantismo como otro brazo del imperialismo estadounidense. Desde un punto de vista popular, se les ha enseñado a nuestros pueblos a tener un fuerte prejuicio contra la fe protestante evangélica, ya que la consideran un enemigo de la fe, de la cultura, de la religión que proviene de nuestros padres, e incluso que atenta contra la moral y las buenas costumbres. Esta abierta oposición y persecución han dejado una considerable huella en las iglesias evangélicas latinoamericanas.

A pesar de ello, y sin duda gracias a esa oposición, muchas semillas sembradas en nuestras tierras por misioneros y líderes nacionales, empezaron a florecer y dar abundante fruto. Recién a finales del siglo xx, se empezó a ver el crecimiento vertiginoso del pueblo evangélico latinoamericano y hoy, a inicios del siglo xxi, constituye una de las expresiones más vigorosas y pujantes de la fe cristiana en el mundo. Su presencia es cada día más considerable incluso en los Estados Unidos, donde hoy día, los hispanos son la minoría más numerosa del país.

Las iglesias reformadas juegan un papel muy importante en el mundo evangélico de habla castellana, no tanto por su crecimiento numérico, sino más por la fortaleza de la vida moral de sus miembros, por la riqueza y solidez de su tradición teológica y por la amplitud de su pensamiento transformador que tanto necesitan y requieren los pueblos y naciones del continente americano.

Genealógicamente, los cristianos reformados y evangélicos en general, tenemos la fuerte tendencia a ubicarnos, emocional y teológicamente, lo más lejos posible de la Iglesia Católica Romana. Es muy propio de los evangélicos hispanoamericanos definirnos en contraposición a la Iglesia Católica Romana. Históricamente, nuestras sociedades han sufrido el poder inquisidor del catolicismo del Concilio de Trento, y la estrategia de la Nueva

Evangelización de Santo Domingo (1992), en la cual se nos cataloga como «sectas evangelistas» (sic), se nos margina y, en ocasiones, se nos sigue reprimiendo. Además, la versión del cristianismo católico romano que hasta nuestros días predomina en nuestros países, consiste en un complejo sincretismo de religiones precolombinas y una versión diluida del cristianismo. Creemos que dicha versión no representa el cristianismo bíblico. Estas razones históricas y contemporáneas son de mucho peso en la formación de nuestra identidad.

Por ello es que prácticamente todas las denominaciones evangélicas en los países latinoamericanos, e incluso muchos líderes reformados, encuentran serios problemas con costumbres reformadas que se perciben a nivel popular como «católicas». Tal es el caso del bautismo de niños.

No hay duda que es necesario superar dicho antagonismo. Y tal esfuerzo debe realizarse de ambas partes. Un genuino arrepentimiento, el perdón público, la restauración, la reconciliación y el respeto mutuo son fundamentales para ofrecer al mundo un testimonio creíble de la fe cristiana y de nuestra unidad en Cristo (Juan 17:20-21; Efesios 4:4-6).

Por otro lado, fruto del debate entre el fundamentalismo y el liberalismo en los Estados Unidos, el mundo evangélico latinoamericano optó históricamente por seguir una corriente pietista y fundamentalista. Muchas de nuestras iglesias fueron fundadas por misiones de fe y misioneros de esa línea. Es importante también reconocer que la gran mayoría de las iglesias evangélicas latinoamericanas se alinean con posturas arminianas y dispensacionalistas, tan comunes en grupos pentecostales, carismáticos y neo-pentecostales, pero que también trascienden al resto de las denominaciones. En las últimas décadas del siglo xx, incluso las iglesias históricas han experimentado, en diversos grados y niveles, una pentecostalización considerable. La influencia que hoy día ejerce en el mundo evangélico la teología de la prosperidad, debe ser contrarestada y cuestionada a partir de la fe bíblica y reformada.

En ese contexto y desde esas experiencias históricas, los cristianos reformados hemos adoptado la fe calvinista convencidos de sus sólidas bases bíblicas, de su riqueza teológica y de su pertinencia para nuestras sociedades y pueblos. En momentos en que las iglesias evangélicas latinoamericanas, concientes de su peso social, buscan influir y transformar sus naciones respectivas en lo social, económico, político y cultural, juegan un papel muy importante nuestra cosmovisión y teología encarnadas en nuestra realidad, y tienen mucho qué ofrecer a la iglesia del Señor. Somos deudores a ellas y queremos cumplir con nuestro llamado.

Para quienes somos miembros de las ICR en EEUU, es un desafío permanente cuestionar y transformar las estructuras que hacen de nuestra vida como hispanos una verdadera *via crucis*. El racismo, la discriminación social, la injusticia, la pobreza y los obstáculos para acceder a servicios básicos como la salud y la educación, entre muchos más, requieren que articulemos nuestra fe y respondamos con nuestro pensamiento y nuestras acciones a esas realidades denigrantes e inhumanas y las transformemos para la gloria de Dios. Y eso debe empezar en nuestras propias comunidades de fe, que no son ajenas de dichas actitudes y prácticas ajenas al Evangelio. La transformación se debe dar primero entre nosotros antes de buscarla en la sociedad.

Nuestro acercamiento a lo que significa ser reformado

Entre los reformados hispanoamericanos podemos decir que el énfasis pietista es predominante. Sin embargo, el énfasis doctrinal o confesional ha tenido un impacto considerable en el liderazgo ilustrado que se ha formado en seminarios teológicos. Se predica y se enseña fielmente en muchas de nuestras iglesias el sistema doctrinal reformado. Esto es de suma importancia dado el trasfondo sincretista y supersticioso del cual provenimos.

El énfasis transformador, lamentablemente, no ha encontrado la acogida que debiera en nuestras iglesias y liderazgo. Es, sin duda, el que se encuentra menos representado en nuestras iglesias. El antiguo debate entre el fundamentalismo y el liberalismo y, a partir de la década de los setentas, el surgimiento de las teologías de liberación en el contexto de la guerra fría, han tenido como resultado en muchos círculos evangélicos que se demonize y estigmatize toda preocupación por las necesidades humanas.

Gracias a Dios, la teología de la misión integral que se ha desarrollado en círculos evangélicos latinoamericanos en los últimos 30 años ha ido cambiando poco a poco esa mentalidad y actitud negativa. Hoy día podemos constatar que doctrinas transformacionales de origen reformado han sido ampliamente usadas por hermanos y hermanas de otras tradiciones evangélicas, preocupados por la transformación de nuestras sociedades latinoamericanas. Esa ha sido y debe seguir siendo una aportación clave al mundo evangélico de habla hispana.

Lo que creemos: el énfasis doctrinal

No repetiremos aquí las doctrinas que se mencionan en el original en inglés, cuya traducción se encuentra a partir de la página 21, y que son parte de nuestra fe reformada, sino más bien, señalaremos aquellos rasgos de la teología reformada de mayor relevancia en nuestros países e iglesias.

Durante la época de la Reforma, los cristianos protestantes expresaron su postura en cuanto a la Biblia con un lema: *Sola Scriptura* (la Biblia es la única fuente de autoridad). Así se distinguían de la Iglesia Católica Romana que afirmaban que la Biblia, la tradición (las enseñanzas de la Iglesia) y los pronunciamientos oficiales de la Iglesia tenían una autoridad por igual.

Los reformadores afirmaron que solamente la Biblia es nuestra regla de fe y conducta. Ninguna tradición teológica o cultural, por respetable que ésta sea, debe ubicarse ni sobre ni a la par de la Palabra de Dios. Nuestra fe (lo que creemos) y nuestra conducta (cómo vivimos) deben regirse por la Biblia. Gracias a ese postulado la Biblia llegó a ocupar un lugar central en el culto y la vida de los protestantes reformados.

Este principio fundamental de la fe reformada produjo una ruptura de la hegemonía que la Iglesia Católica Romana ejercía sobre el pensamiento y la cosmovisión de Occidente. El control que la Iglesia ejercía sobre la religión, la educación y la cultura en general era evidente. Iglesias y escuelas estaban bajo la custodia de la jerarquía romana. No había posibilidad de expresiones científicas, culturales, artísticas y mucho menos religiosas sin la sanción y aprobación de la Iglesia. La inquisición se encargó de fiscalizar dicho control. Con la llegada del Renacimiento, este sistema totalitario empezó a resquebrajarse, y la Reforma contribuyó a acelerar dicho proceso en gran parte de Europa.

La Reforma impulsó definitivamente el nacimiento del mundo moderno, postulando el libre examen, la libertad de conciencia y el desarrollo de la ciencia y la cultura, libres del control eclesiástico.

Este fenómeno se inició tardíamente en los países latinoamericanos, recién hasta mediados del siglo XIX y lentamente se ha ido experimentando y arraigando en nuestro suelo. Hoy es uno de los legados más apreciados y celebrados por nuestras iglesias.

Los reformadores expresaron las verdades bíblicas que habían descubierto en las Escrituras, por medio de otro lema: *Sola gratia*. La salvación es obra de Dios. El nos da la salvación gratuitamente, sin tomar en cuenta nuestros meritos u obras, gracias al sacrificio vicario de Jesucristo en la cruz.

Este postulado reformado tuvo tremendas implicaciones económicas, para un sistema y estructura religiosa que vivían de la fe, ingenuidad, y temores de la gente. Puesto que la gente no tenía acceso a la Palabra de Dios, la jerarquía católico-romana mantenía a la gente sumida en la superstición e ignorancia. Así podían enseñarles que la Iglesia era administradora de los méritos de los santos y que los podía poner a disposición de la gente, en forma de indulgencias, que se adquirían mediante un acto de compra-venta.

Esta es una verdad con enorme vigencia para todos los cristianos. La religión sigue siendo un gran negocio para muchos y hoy día en el mundo evangélico hay muchos casos de líderes que se enriquecen en el nombre del humilde carpintero de Nazaret.

La manera en que experimentamos nuestra relación cotidiana con Dios: Piedad evangélica.

La fe reformada ha procurado, desde sus orígenes y en sus diversas expresiones históricas, una formación del ser humano que sea integral, es decir, que esté libre de las dicotomías predominantes en diversas tradiciones cristianas (distinciones entre lo espiritual y lo material, lo sagrado y lo secular; ésta vida y la vida venidera; fe y ciencia), y que forme en el cristiano una conciencia clara de su responsabilidad ante Dios, ante sus semejantes y ante la creación.

La práctica de la piedad reformada se ha inspirado y nutrido de algunas enseñanzas bíblicas básicas que constituyen su perspectiva teológica, su columna vertebral. Esas doctrinas nos dan bases suficientes para vivir una espiritualidad saludable e integral. Ellas, llevadas a sus implicaciones prácticas, nos proveen herramientas para llevar una vida cristiana vigorosa, significativa e integrada. De ellas destacamos las siguientes.

La soberanía de Dios. El reconocimiento del dominio soberano de Dios en todas sus acciones es el punto de partida de la visión reformada. En ésta, Dios es el centro de todas las cosas. «Porque de él, por él y para él son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén» (Ro. 11:36). Como indica en su principio otra confesión reformada: el «fin principal del ser humano es glorificar a Dios y gozar de él para siempre».

El Señor Dios es reconocido como *Creador* del Universo. Él es el principio, origen y fuente de la vida y la existencia. A él le pertenecemos y de él dependemos. «En él vivimos, nos movemos y somos» (Hch. 17:28).

También él es el *sustentador* supremo de todas las cosas. Es el Dios de la providencia que sostiene, preserva y gobierna a todas sus criaturas. Como tal es el Señor del mundo y de la historia. Todo lo dirige para su gloria.

Es, además, nuestro *redentor*, que en Jesucristo nos ha dado vida. El Padre nos eligió desde la

eternidad, el Hijo pagó nuestro rescate en la cruz y el Espíritu Santo nos comunica esa redención transformándonos de gloria en gloria en la imagen del Señor. La esencia de nuestra confesión consiste en el hecho de que hemos sido salvados por la sola gracia de Dios.

Dios es el Señor de todo y por consiguiente no hay ningún campo de la actividad humana que se pueda abstraer de su señorío. El señorío de Cristo y el alcance de su obra redentora no sólo tienen que ver con el individuo sino también con la sociedad y la misma creación (Col. 1:15-20, Ro. 8:18-28).

El amor soberano de Dios se manifiesta en nuestra redención y por ello produce un estilo de vida caracterizado en las palabras: *soli Deo gloria*.

Esta verdad fundamental de la fe reformada se encuentra expresada bellamente en el **Catecismo de Heidelberg**, que en respuesta a su primera pregunta: «¿Cuál es tu único consuelo tanto en la vida como en la muerte?», responde:

Que yo, con cuerpo y alma, tanto en la vida como en la muerte, no me pertenezco a mí mismo, sino a mi fiel Salvador Jesucristo, que me libró de todo el poder del diablo, satisfaciendo enteramente con su preciosa sangre por todos mis pecados, y me preserva de tal manera que sin la voluntad de mi Padre celestial ni un sólo cabello de mi cabeza puede caer, antes es necesario que todas las cosas sirvan para mi salvación. Por eso también me asegura, por su Espíritu Santo, la vida eterna y me hace pronto y aparejado para vivir en adelante según su santa voluntad.

El verdadero reformado conoce su miseria, reconoce profundamente la fidelidad, misericordia y gracia de Dios y por ello vive con gratitud para su gloria.

Efectivamente, la seguridad del amor y la salvación de Dios se manifiestan en una entrega total y continua a Dios. Y por eso es que no existe para el reformado aspecto alguno de su vida que no consagre a su Señor. En este contexto, la esquizofrenia religiosa, tan común en nuestras iglesias, que divide la vida en compartimentos, unos religiosos y otros «seculares», es una aberración. Aquel que encierra a Dios en el templo y limita su adoración al culto dominical, y, por el otro lado, excluye a Dios de su práctica profesional, estudiantil, comercial y doméstica

durante el resto de la semana, puesto que considera tales prácticas como «seculares», no ha comprendido la fe cristiana y es una contradicción viviente de la misma. El culto y servicio del creyente son un estilo de vida que se manifiesta en todos los lugares y en todas las áreas de la vida y no sólo en actos esporádicos de culto en un templo durante unas horas el domingo. «Si pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios» (1 Co. 10:31).

El Pacto de Gracia. En nuestras iglesias hispanas, esta doctrina fundamental debe enseñarse ampliamente. Ella contiene principios de gran importancia para la vida familiar, que en nuestras culturas es puesta muy en alto. Además, de ella aprendemos que la razón fundamental por la cual bautizamos a los niños es en virtud del pacto de gracia. Por medio de ese pacto, Dios se comprometió con Abraham a ser su Dios y el de su descendencia (Gn. 17). Es un pacto de Dios con cada familia creyente.

Una comprensión no reformada del bautismo, pone énfasis en el compromiso que la persona hace delante de Dios. Si ese es el significado del bautismo, no hay razón por la que se deba bautizar a niños que no están concientes de dicho acto ni pueden tomar decisiones. Pero si a la luz del pacto de gracia (Gn. 17; Gá. 3) entendemos que es Dios quien se compromete con nosotros y como señal y promesa de ese pacto instituye la circuncisión, entonces no debe haber ningún problema con el bautismo de niños, que en el Nuevo Testamento (Col. 2:12) sustituye a la circuncisión.

La forma de gobierno democrática-representativa. Calvin volvió a la forma de gobierno eclesiástico democrática-representativa, de origen e inspiración bíblicos, en la que la última autoridad descansa en el grupo de ancianos o presbíteros, elegidos por la congregación. Esto en un contexto en que toda estructura política, social y eclesiástica era de carácter jerárquico y absoluto.

La visión reformada sobre el gobierno de la iglesia tenía un objetivo concreto: **preparar a la iglesia para su misión en la sociedad**. Tal misión estaba íntimamente relacionada con el propósito

de la acción redentora de Dios en la historia: que el ser humano, en obediente gratitud a Dios, trabaje para la renovación de la vida humana a fin de que ésta llegue a ser lo que Dios desde el principio quiso que fuera: una expresión de su paz (**shalom**) y su justicia.

A partir de una comprensión del mundo y la realidad social derivadas de la Biblia, los antiguos puritanos de los siglos xvi y xvii entendieron que eran responsables por la estructura del mundo social en el que vivían. Supieron discernir que tal estructura no era simplemente una parte del orden de la naturaleza; por el contrario, era el resultado de decisiones humanas, y podía ser alterada por medio de un esfuerzo concertado. De hecho, *debía* ser alterada, por ser una estructura caída, necesitada de reforma.

Esta visión representó en su momento, y representa hoy para nosotros, una postura radical, ya que se dio en el contexto del mundo medieval con su comprensión de la realidad como una estructura jerárquica que empezaba en los cielos y que descendía hasta la tierra: Dios en el cielo, el obispo en su silla, el señor en su castillo. Para el hombre y la mujer medievales esto era parte de la naturaleza misma de las cosas.

Fueron primero los reformados quienes, a partir de sus propios principios y prácticas eclesiásticos, cambiaron el énfasis del pensamiento político trasladando lo que era considerado prerrogativa del príncipe, para ponerlo en manos de los santos. **La participación en la reforma de la iglesia sirvió como una escuela para la reforma de la sociedad.** Por ello, el establecimiento y práctica de una forma de gobierno democrática en las incipientes iglesias reformadas y presbiterianas, que cuestionaba el derecho divino del rey y socavaba la estructura política imperante, fue objeto de severas persecuciones en Escocia e Inglaterra.

Los países latinoamericanos y caribeños han sufrido por siglos formas de gobierno dictatoriales y muchos cacicazgos que han dañado severamente a nuestros pueblos. Lamentablemente, no es extraño observar que dichos modelos son imitados y repetidos en el

seno de las iglesias evangélicas. Por ello es que en nuestras iglesias cristianas reformadas necesitamos ir contra la corriente de nuestras culturas y asimilar cotidianamente nuestra forma de gobierno reformada, en la cual la dirección y gobierno de la iglesia no es asunto de un individuo sino de líderes elegidos por la congregación como sus representantes, que buscan el bien de todos los miembros de la iglesia y que guian a la iglesia en el cumplimiento de su misión en el mundo.

En Lucas 22:24-27 encontramos descrita gráficamente lo que se puede llamar *la política de Jesús, el poder comprendido como un acto de servicio sacrificial para el bien de los demás*.

«24 Los discípulos tuvieron una discusión sobre cuál de ellos debía ser considerado el más importante. 25 Jesús les dijo: “Entre los paganos, los reyes gobiernan con tiranía a sus súbditos, y a los jefes se les da el título de benefactores. 26 **Pero ustedes no deben ser así.** Al contrario, el más importante entre ustedes tiene que hacerse como el más joven, y el que manda tiene que hacerse como el que sirve. 27 Pues ¿quién es más importante, el que se sienta a la mesa a comer o el que sirve? ¿Acaso no lo es el que se sienta a la mesa? En cambio yo estoy entre ustedes como el que sirve.»

Los valores se forman viviéndolos. Los programas educativos de nuestras iglesias debieran empezar por modificar la organización a veces autoritaria de las mismas y dar oportunidad a sus miembros para que desde muy temprana edad, aprendan a vivir y experimentar lo que significan la participación en las decisiones, la libertad responsable, el respeto a las reglas, la obligación de la autoridad de rendir cuentas, la tolerancia por las minorías y la responsabilidad de ayudar a los que tienen urgentes necesidades. Este es otro campo en el que nuestras iglesias deben marcar la pauta y servir como modelo a otras denominaciones hermanas.

Cómo nos relacionamos con el mundo: El énfasis en la transformación.

El ser humano creado a la imagen de Dios.

En este punto queremos señalar la importancia crucial de la enseñanza bíblica acerca del ser humano como portador de la imagen de Dios. Esto es fundamental en una época en que los derechos humanos son diariamente violados y en los que requerimos recuperar una concepción bíblica del ser humano.

«Entonces dijo: «Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza. Que tenga dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo; sobre los animales domésticos, sobre los animales salvajes, y sobre todos los reptiles que se arrastran por el suelo». Y Dios creó al ser humano a su imagen; lo creó a imagen de Dios. Hombre y mujer los creó» (Gn. 1:26-27).

Gracias a esta doctrina, el cristiano reformado reconoce la dignidad y valor que el ser humano tiene por el hecho simple pero profundamente significativo de que ha sido creado a la imagen de Dios. De ello deriva su valor y alta dignidad. La vida humana adquiere un valor sagrado y ha de ser protegida, respetada y dignificada.

En virtud de su *creación* a la imagen de Dios y de su elevada y singular posición de señorío sobre la creación, el ser humano es causa de admiración y reverencia (Salmo 8). La *caída* en el pecado no altera este hecho fundamental; paradójicamente lo acentúa. El ser humano no dejó de serlo, más bien se hizo rebelde y al hacerlo se deshumanizó. Al pecar contra Dios pecó contra sí mismo y se sumió en una existencia infrahumana. La imagen de Dios se distorsionó pero no se perdió.

Dios por su grande misericordia acentúa su amor hacia el perdido. La *redención* que Dios efectúa en Cristo nos restaura y humaniza. Nos reconcilia con Dios, con nosotros mismos, con nuestro prójimo y con la creación. El valor, honra y dignidad del ser humano alcanzan su máxima expresión por el imponente costo pagado para nuestra salvación con el sacrificio de Jesús.

En un mundo como en el que vivimos, en el que la globalización económica cree que el lucro es más importante que los seres humanos, y en el que miles y millones de seres humanos son sacrificados en los altares del consumismo, el racismo, la violencia y el fanatismo, es relevante recordar y vivir estas palabras:

La cosmovisión reformada « ha derivado de su relación fundamental con Dios, una peculiar interpretación de la relación del ser humano con su semejante... que ha ennoblecido la vida social. Si el calvinismo coloca la totalidad de nuestra vida humana inmediatamente delante de Dios, entonces se deduce que todos los hombres o mujeres, ricos o pobres, débiles o fuertes, tontos o talentosos, como criaturas de Dios, y como pecadores perdidos, no tienen ningún derecho de dominar unos sobre otros, ya que ante Dios somos iguales... Por ello el calvinismo condena no meramente toda esclavitud abierta y los sistemas de castas, sino toda forma de esclavitud encubierta, como la de la mujer y del pobre; se opone a toda jerarquía entre los seres humanos; no tolera la aristocracia... Así el calvinismo estaba obligado a encontrar su expresión en una interpretación democrática de la vida; a proclamar la libertad de las naciones; y a no descansar hasta que política y socialmente cada ser humano, simplemente por serlo, sea reconocido, respetado y tratado como una criatura hecha a la imagen divina» (Abraham Kuyper).

La gracia común. Gracias a esta enseñanza de la gracia común, el cristiano reformado postula otro principio bíblico y reconoce la actividad de Dios en el mundo y la historia, no sólo para llevar al cabo sus propósitos redentores, sino también para restringir la maldad humana, promover el bien y restaurar toda su creación que, sujetada a vanidad, gime esperando el día de la restauración de todas las cosas (Ro. 8:19-23).

Es por eso que, como cristianos reformados no podemos ni debemos rechazar cualquier producto del ingenio y creatividad humanos. Más bien, debemos reconocer que Dios nos da bendiciones y beneficios por medio de personas que no son creyentes. Necesitamos aprender a descubrir la gracia común de Dios en la ciencia,

tecnología, artes y en todo fruto del trabajo humano.

El Mandato Cultural (Gn. 1:27-28). Mandato cultural es un término que se refiere específicamente al pasaje de Génesis 1:27-28.

«Dios creó al ser humano a su imagen; lo creó a imagen de Dios. Hombre y mujer los creó, y los bendijo con estas palabras: Sean fructíferos y multiplíquense; llenen la tierra y sométanla; dominen a los peces del mar y a las aves del cielo, y a todos los reptiles que se arrastran por el suelo».

El cristiano reformado rescata la vigencia del mandato original dado a Adán y Eva en el paraíso de llenar y dominar la tierra, y le da a la tarea cultural del ser humano un claro sentido misionero. El ser humano, en sus actividades cotidianas, está cumpliendo con una vocación que Dios le ha impuesto.

Recordemos que para los primeros calvinistas de los siglos xvi y xvii, el conocimiento científico no era un fin en sí mismo; era una herramienta para que los cristianos cumplieran su obra de transformación en el mundo.

Otra manera de referirse a esta enseñanza bíblica es con el concepto reformado del **sacerdocio universal de los cristianos**. Esta enseñanza se entiende no sólo en su sentido soteriológico sino también en sus significados eclesiástico y misiológico. Es decir, todo creyente tiene acceso a Dios por medio de Jesucristo y también es un ministro de Dios en todo lo que hace, tanto en el ámbito eclesiástico como en el desempeño de su trabajo en el mundo. Toda labor es sagrada; no existe separación entre lo secular o mundial y lo religioso.

«En lugar de destruir las artes y las ciencias o de ser indiferentes a las mismas, cultivémoslas con todo el entusiasmo del auténtico humanista, más al mismo tiempo, consagrémoslas al servicio de nuestro Dios... En lugar de eliminar la distinción entre el Reino y el mundo, o por otro lado retirarnos del mundo en una especie de monasticismo intelectual modernizado, avancemos gozosamente, con todo entusiasmo, para someter el mundo a Dios... el cristiano no puede sentirse satisfecho en tanto que alguna actividad humana se encuentre en oposición al

cristianismo o desconectada totalmente del mismo. El cristianismo tiene que saturar, no tan sólo todas las naciones, sino también todo el pensamiento humano. El cristianismo, por tanto, no puede sentirse indiferente ante ninguna rama del esfuerzo humano que sea de importancia. Es preciso que sea puesta en contacto, de alguna forma, con el evangelio. Es preciso estudiarla, sea para demostrar que es falsa, sea para utilizarla en activar el Reino de Dios. El Reino debe ser promovido; no sólo en ganar a todo hombre para Cristo, sino en ganar al hombre entero.»
(J. Gresham Machen).

Es urgente recuperar lo mejor de nuestra cosmovisión reformada y hacer frente a los tremendo desafíos que en diversos frentes nos presente el mundo globalizado de hoy. Nos corresponde a los líderes reformados de hoy, legarle a las generaciones venideras una fe reformada más fiel a las Sagradas Escrituras, que incorpore la riqueza de la cosmovisión reformada y que responda decidida, creativa y generosamente a las dramáticas necesidades humanas y tremendo desafíos de nuestro continente, y que así glorifique a Dios.

Esto requiere de una profunda conversión en nosotros los líderes y un cambio de mentalidad. El pensamiento reformado que fue, en un momento histórico, fermento de cambio y que transformó vidas y naciones enteras, está esperando hombres y mujeres valientes y comprometidos, que estén dispuesto a consagrar todo lo que son y tienen al Reino de Dios y su justicia, y a tomar el desafío de una vida entregada al servicio de Dios y de nuestra sociedad.

Lo que significa ser reformado: una afirmación de nuestra identidad

Palabras de presentación

Saber quienes somos como Iglesia Cristiana Reformada (ICR) es de suma importancia para ubicarnos dentro de la comunidad cristiana en el mundo de Dios. Entender quiénes somos hoy día, requiere también que tomemos conciencia de quiénes somos y de dónde venimos. Además, implica conocer los eventos que nos han ayudado a definirnos como una iglesia y los valores y principios que nos han guiado en el camino.

Cuando La Junta Directiva de la ICR propuso desarrollar un Plan Ministerial, estimuló también que se formulara una declaración de la identidad de la ICR. Las páginas siguientes contienen dicha declaración, la cual fue adoptada por La Junta Directiva y endosada por el Sínodo de la ICR en el año 2002.

Esta declaración de la identidad de la ICR se ofrece ahora a las congregaciones, grupos de estudio, personas interesadas y miembros de la ICR, como un recurso para discutir y, si fuera necesario, afinar nuestra identidad como pueblo de Dios en el momento actual.

En los momentos presentes de nuestra historia, se ha puesto mucho énfasis en celebrar y subrayar nuestra diversidad. Nuevos miembros, de orígenes diversos, han llegado a enriquecer la comunidad que conforma la ICR.

Nuestra iglesia tiene una historia, tanto cultural como teológica, y una visión y misión que han dado forma a nuestra comunidad. Es difícil, si no imposible, entender la ICR en Norteamérica sin saber algo de esa historia.

Por eso es que ofrecemos esta Declaración de Identidad.

A Dios sea la Gloria.

Peter Borgdorff,

Director Ejecutivo de los Ministerios de la ICR
Octubre, 2002

Page 22 is blank

Prefacio

El propósito de esta afirmación de nuestra identidad es responder a la pregunta: ¿Qué significa ser un cristiano reformado? Muchos cristianos en América del Norte, incluyendo a muchos miembros de la Iglesia Cristiana Reformada (ICR), cuestionarán el valor o incluso lo apropiado de tal pregunta. El cristianismo norteamericano contemporáneo pone mayor énfasis en aquello que nos une como cristianos y no en lo que nos hace diferentes.

Ese énfasis es, por supuesto, correcto. La ICR, con mucha frecuencia, ha invertido mucho tiempo y energías en asuntos que separan a la ICR de otras iglesias, en lugar de ocuparse en aquellos que nos unen a ellas.

Jesús mismo oró pidiendo que la iglesia fuera una (Juan 17:27). Pablo consideraba relevante hablar de la unidad del cuerpo de Cristo (1 Cor 12:12; Ef 4:4-6). ¿De qué manera podríamos expresar mejor nuestra misión y visión como iglesia que con el gran llamado de Pablo a llegar “a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a una humanidad perfecta que se conforme a la plena estatura de Cristo.” (Ef 4:1-13)? Nunca podremos acentuar demasiado aquello que nos une como cristianos.

Además, el principal enemigo de la Iglesia Cristiana hoy en día no son otros cristianos, sean éstos luteranos, metodistas o pentecosteses. El enemigo principal de la iglesia norteamericana es el secularismo mortífero que amenaza a todos los cristianos y contra el cual todos deben permanecer unidos en fe y acción.

En realidad, la ICR ya colabora con otros grupos cristianos. Congregaciones locales a menudo cooperan con otras iglesias en programas educativos y de asistencia social. Agencias de nuestra denominación realizan su trabajo en diversas partes del mundo en colaboración con otras denominaciones y organizaciones religiosas.

Es en este contexto que ofrecemos nuestra afirmación de identidad sobre lo que significa ser reformado.

El acento reformado

Todos los cristianos, como alguien ha dicho, hablan con “un acento” teológico particular. No hay tal cosa como un lenguaje cristiano puro y neutral. *Es lo que sucede con la gente de un país en el que no todos hablan con el mismo acento aun cuando todos emplean el mismo idioma. En países como Perú, México, Guatemala o cualquier otro, aunque casi todas las personas hablan el castellano o español, sin embargo éste se habla con distintos acentos, dependiendo de la región de la cual provienen las personas. Y por supuesto, esto es más evidente cuando se encuentran personas de distintos países latinoamericanos o caribeños.*

Esto es así porque las lenguas se desarrollan localmente. La gente que vive en una región determinada, desarrolla maneras propias y peculiares de expresión. La “cultura” es la acumulación de esas peculiaridades, experiencias comunes, significados compartidos y maneras de vivir comunitarias. La particularidad de cada comunidad humana es, en realidad, parte de la diversidad sorprendente que Dios ha creado.

Lo mismo pasa con las comunidades cristianas. Cada una habla con su propio acento teológico. Cuando un grupo de personas trabajan y adoran a Dios juntas, pronto desarrollan formas de hablar peculiares y propias de su grupo. Por ello es que decimos que no hay tal cosa como un lenguaje cristiano y teológico que sea “puro” y neutral. Cuando esas personas cristianas han tenido experiencias de fe y vida en común, desarrollan maneras propias de entender la Escritura, de expresar su fe y de darle culto a Dios. Esto no tiene nada de malo. Lo malo es cuando esas diferencias y peculiaridades producen conflictos y se usan para alienarnos unos de otros.

De hecho, las particularidades de cada denominación cristiana reflejan una verdad profundamente bíblica. La imagen de la iglesia como un cuerpo, que encontramos en 1 Corintios 12, destaca tanto su unidad (un solo cuerpo), como su diversidad: (manos, pies y ojos). La enseñanza de ese gran capítulo es clara: una

iglesia bíblicamente saludable tiene una profunda unidad y una rica diversidad.

Por eso es que no hay nada intrínsecamente pecaminoso o sectario cuando los cristianos reformados u otros cristianos y denominaciones tratan de articular y entender su propio acento teológico. En realidad, tal entendimiento de sí mismo, en la medida en que fortalece a los demás miembros del cuerpo, en realidad beneficia al cuerpo entero en su testimonio unido ante el mundo.

El acento Reformado es mucho más amplio que la ICR y su historia. Hay quienes usan el término *Reformado* o la expresión *distintivamente reformado*, como si se tratara de un acento teológico hablado por unas cuantas personas. A menudo se da también la impresión de que nuestro acento tiene muy poco en común con la Iglesia Cristiana en su sentido más amplio. Por supuesto no es así.

Las enseñanzas básicas de la Reforma Protestante se manifiestan pujantemente alrededor del mundo en países como Hungría, Corea, Indonesia, Escocia, Madagascar, *América Latina y el Caribe*. El Catecismo de Heidelberg, una de las muchas confesiones reformadas, ha sido traducido a treinta idiomas. Mas aún, la ICR en Norteamérica se ha enriquecido y aumentando su diversidad étnica. Cada domingo sus miembros adoran a Dios por lo menos en 14 idiomas distintos.

Además, el cristianismo reformado tiene mucho en común con la Iglesia Cristiana Universal. Está arraigado en la ortodoxia cristiana que se remonta hasta la iglesia del Nuevo Testamento. Comparte con todos los demás cristianos su creencia en el Dios Trino. Cree en Dios Padre que creó los cielos y la tierra, en Dios Hijo que se encarnó en Jesús de Nazaret y en Dios Espíritu Santo, que mora en la iglesia.

Los cristianos reformados se unen con los cristianos de todo tiempo y lugar para afirmar el propósito redentor de Dios de unir todas las cosas en Cristo Jesús. Asimismo, creen que la misión de la iglesia es proclamar las buenas nuevas y la esperanza del regreso de Jesús en gloria, que será el comienzo del nuevo cielo y la nueva tierra. Por eso es que los cristianos

reformados, junto con la Iglesia Universal, confiesan su fe con las palabras del Credo de los Apóstoles.

Esta declaración de identidad busca articular algunos de los acentos propios de la tradición Reformada. Deseamos expresar nuestra fe en forma inclusiva, de manera que sea representativa de distintos grupos étnicos y cruce barreras denominaciones e incluso generacionales. Esto no sólo es deseable, es esencial para que nuestra perspectiva reformada sea una fuente de unidad y propósito para la Iglesia Cristiana Reformada.

Nuestro arbol genealógico

Se puede entender la tradición Reformada en el contexto del árbol genealógico más amplio de la Iglesia Cristiana. El siguiente cuadro muestra cómo la Iglesia cristiana se ha desarrollado al través de los siglos.

PRINCIPALES RAMAS DE LA IGLESIA CRISTIANA

Del siglo 1- 11		Iglesia Cristiana
El siglo 11	Católico Romano	Ortodoxo Oriental
El siglo 16	Protestante	Católico Romano Ortodoxo Oriental

(Nota: En el cuadro siguiente hemos colocado más hacia el margen izquierdo aquellas iglesias protestantes cuyo rompimiento con la iglesia católica-romana fue más radical.)

Iglesias Protestantes

El siglo 16	Anabaptistas	Reformadas	Luteranas	Anglicanas
El siglo 17	Cuáqueros	Puritanos		
El siglo 18		Metodistas		
El siglo 19	Iglesia Libre			
El siglo 20	Pentecostés			

La Iglesia Cristiana estuvo unida hasta el siglo xi, cuando la iglesia Occidental (Católica Romana) se separó de la iglesia Oriental (Ortodoxa). En el siglo xvi, nuevos aires del Espíritu soplaron sobre la Iglesia Católica Romana y pusieron en marcha la Reforma Protestante. Los cristianos descubrieron nuevamente el mensaje central de la Biblia, que solamente somos salvos por gracia a través de la fe. De la Reforma Protestante salieron cuatro ramas: Anabaptista, Reformada, Luterana y Anglicana.

El orden en que se mencionan estas ramas, de izquierda a derecha, es muy significativo. Mientras más a la izquierda se menciona una iglesia, más radical fue su rompimiento con la iglesia católica-romana.

Por ejemplo, en cuanto a la formalidad de su culto, en el cuadro de arriba encontramos, al lado izquierdo, las iglesias con un estilo de culto menos formal y estructurado, y a medida que se listan hacia la derecha, su culto es más formal.

Lo mismo sucede con respecto a los sacramentos. Se mencionan hacia la izquierda a aquellas iglesias en las que los sacramentos ocupan un lugar menos importante en el culto. A medida que se van incluyendo los nombres a la

derecha, más central es el papel de los sacramentos.

En cuanto a la forma de gobierno eclesiástico, vamos desde las menos jerárquicas (izquierda) hasta las más jerárquicas (derecha).

En este esquema de iglesias de origen europeo, la iglesia y perspectiva reformadas representan, por lo general, una posición intermedia.

Los cristianos reformados tratan de ubicarse, en este árbol genealógico de la familia protestante de Norteamérica, también en un punto medio. Se cree que la perspectiva reformada tal y como se expresa en la Iglesia Cristiana Reformada (ICR) representa una posición intermedia entre el liberalismo actual y el fundamentalismo. Los cristianos reformados comparten con el fundamentalismo una creencia en lo sobrenatural que no necesita justificarse. Con el liberalismo comparten su deseo de que la fe cristiana esté involucrada en la cultura.

Pero la tradición Reformada tal y como se ha desarrollado en la ICR no encaja en el espectro de estos dos extremos norteamericanos. La mayoría de las personas reformadas hacen una marcada distinción entre ellos y los liberales. No comparten con estos su comprensión inadecuada de la inspiración y autoridad de la Escritura, su rechazo de todo lo sobrenatural y la manera en que evitan hablar acerca del pecado personal y de la necesidad de arrepentimiento y fe en Cristo para obtener la salvación.

Pero, por otro lado, la gente reformada también se distingue fuertemente de los fundamentalistas. Estos se caracterizan por su anti-intelectualismo y por su actitud de sospecha hacia la ciencia y el aprendizaje, que surgen de una falta de énfasis en la doctrina de la creación. Además los fundamentalistas evitan toda relación con la cultura, ponen énfasis en el reinado de Cristo en el mundo venidero en vez de su señorío en este mundo, lo cual surge de una comprensión dispensacionalista de la historia, en la cual el reino de Dios es todavía una realidad futura.

Tradicionalmente la perspectiva reformada se ha presentado como una tercera vía, distinta del liberalismo y del fundamentalismo, que no se

define a sí misma en términos de este conflicto norteamericano. Los cristianos reformados se identifican a sí mismos como “Protestantes confesionales.” Es decir, su postura no se establece primordialmente en contraposición a los liberales o a los fundamentalistas; el reformado se define principalmente por su relación con la tradición teológica que se remonta a Juan Calvino y los demás reformadores, y llega hasta san Agustín y de allí a la Biblia.

Una manera que ayuda a ubicar la rama Reformada en el árbol genealógico norteamericano, es por medio de su relación con los “evangélicos”. El término *evangélico* se usa en diversas formas. Por ejemplo, cuando un luterano evangélico, de los cuales hay ocho millones en Norteamérica, usa el término *evangélico*, tiene en mente una persona con una teología ortodoxa y cristocéntrica. Para él es posible ser parte de una denominación histórica protestante y ser evangélico, sin sentir ninguna tensión entre ambos términos. Sin embargo, otras personas le dan un sentido diferente al término *evangélico* y lo consideran sinónimo de fundamentalista.

Con más frecuencia, muchos usan el término *evangélico* para distinguirse de los fundamentalistas, a menudo por las mismas razones por las que los reformados lo hacen. De hecho, los mismos evangélicos a menudo reconocen que los términos *evangélico* y *reformado* tienen muchas coincidencias.

Instituciones como el Seminario Fuller, el Seminario Gordon Conwell, la Universidad de Wheaton, la revista “Cristianismo Hoy” (Christianity Today), la Comunidad Cristiana de Estudiantes (Intevarsity Christian Fellowship); y personas como John R.W. Stott, J. I. Packer y Chuck Colson se definen a si mismos como *evangélicos*. Y si bien, no son reformados confesional o denominacionalmente, ellos se consideran teológicamente reformados en sus enseñanzas. De la misma manera, muchos reformados se identifican a sí mismos, y con justa razón, como *evangélicos*.

Tres acercamientos a lo que significa ser reformado

Algunos observadores de la tradición Reformada norteamericana han identificado tres énfasis o mentalidades Reformadas que han florecido en el contexto cultural norteamericano.

El primer énfasis es **el doctrinal o confesional**. Este término se refiere primordialmente a un fuerte apego a ciertas doctrinas cristianas que se enseñan en la Biblia y que han sido sistematizadas en las Confesiones de la Iglesia.

La pregunta clave para un reformado doctrinal es: ¿En qué creemos? Quienes se identifican como reformados confesionales aprecian de manera especial a Luis Berkhof, un teólogo Reformado cuya “Teología Sistemática” es un resumen comprensivo de la doctrina Reformada.

El Segundo énfasis es **el pietista**. El término hace alusión a la prioridad que se le da a la vida cristiana y a nuestra relación personal con Dios. La pregunta central para el pietista es: ¿Cómo experimentamos a Dios en nuestro diario caminar por fe? Los pietistas valoran a personas como Hendrick de Cock, un pastor holandes que fue el líder de la separación de un grupo de creyentes reformados de la iglesia Estatal en Holanda en 1834, porque ésta había perdido su vitalidad teológica y espiritual.

El tercer énfasis es **el transformador**. En este caso, el término describe a quienes consideran prioritaria la relación del cristianismo con la cultura, que acentúan la importancia de la cosmovisión reformada y que buscan maneras por las cuales Cristo transforme la cultura. La pregunta crítica para los transformadores es: ¿Cómo relacionamos el Evangelio con el mundo?

Los transformadores ponen de relieve a Abraham Kuyper, pastor, erudito y Primer Ministro de Holanda, que fue el líder del movimiento Doleantie en Holanda en los 1880; éste fue un movimiento que puso énfasis en el desarrollo de una cultura cristiana y tuvo un impacto directo sobre la ICR en Norteamérica.

Obviamente, estos tres énfasis están entrelazados y no es posible hacer una clara

distinción entre ellos. Eso sí, representan acercamientos distintos a la identidad reformada, tanto histórica como conceptualmente. Ellos nos proveen un marco de referencia para presentar a continuación una serie de enunciados o principios teológicos que expresan en forma resumida el **acento reformado**.

Lo que creemos: el énfasis doctrinal

1. La Escritura (2 Timoteo 3:16)

Los cristianos reformados tienen un concepto muy alto de la Biblia. Creen que la Biblia es la Palabra de Dios inspirada, infalible y autoritativa. Hay por lo menos dos pasajes de la Biblia que nos enseñan acerca de la naturaleza y autoridad de la Escritura:

Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia, a fin de que el siervo de Dios esté enteramente capacitado para toda buena obra (2 Timoteo 3:16-17).

Ante todo, tengan muy presente que ninguna profecía de la Escritura surge de la interpretación particular de nadie. Porque la profecía no ha tenido su origen en la voluntad humana, sino que los profetas hablaron de parte de Dios, impulsados por el Espíritu Santo (2 Pedro 1:20-21).

Inspirada, infalible, y con autoridad son tres palabras que los cristianos reformados usan frecuentemente para explicar su punto de vista en cuanto a la Escritura. El término *Inspirada* se refiere a la fuente y origen de la Escritura: Dios mismo habla por medio del Espíritu Santo a través de los autores humanos. *Infalible* es un concepto que afirma que las Escrituras son verdaderas y absolutamente fidedignas en cuanto a la fe y la práctica. La Biblia es verdadera y digna de confianza en todo lo que intenta enseñar. Con *Autoridad* es una expresión que se refiere a la potestad que la Palabra de Dios tiene sobre la vida de los creyentes. Los creyentes viven bajo la Palabra y están llamados a obedecerla.

Durante la época de la Reforma, los cristianos protestantes expresaron su postura en cuanto a la Biblia con un lema: **Sola Scriptura** (*Sólo la Escritura*). Así se distinguían de la Iglesia Católica Romana que aseguraba que la Escritura, la tradición (las enseñanzas de la Iglesia) y los pronunciamientos oficiales de la Iglesia tenían la misma autoridad.

Hoy en día, la mayor amenaza en contra de dicho punto de vista con respecto a la Escritura,

no viene de aquellos que colocan las enseñanzas de la iglesia al mismo nivel de autoridad que tiene la Biblia. Más bien, viene de quienes devalúan su autoridad y dicen que no es la Palabra de Dios, que no fue inspirada, que no es precisa históricamente hablando, que asuntos tales como la resurrección y los milagros son un mito y que definitivamente la biblia no puede tener autoridad sobre nuestras vidas.

A pesar de que la postura cristiana parece no tener sentido para una mentalidad moderna e iluminada, los cristianos creen que la biblia es la Palabra de Dios y el medio por el que el Dios del Universo se ha comunicado con los seres humanos, portadores de su imagen.

Algo que también va en contra de la creencia en la inspiración de la Escritura, es la pretensión de muchos de que “Dios me dijo esto o aquello.” Muchos cristianos testifican que Dios se les ha revelado de manera personal, interna y exclusiva. Por supuesto, los cristianos reformados creen plenamente en la obra del Espíritu Santo. Pero también insisten en que el Espíritu y la Palabra siempre trabajan juntos. Como dijo Henry Stob cuando era profesor del Seminario Calvinista, “El Espíritu siempre cabalga en la espalda de la Escritura”. O como lo dijo Bernardo de Claraval: “La Escritura es el lugar donde se añea el vino del Espíritu Santo.”

Una palabra final acerca del mensaje de la Biblia. A menudo sucede que los cristianos se entregan tanto a debatir acerca de la naturaleza y autoridad de la Biblia, que descuidan el mensaje central de la misma. La Biblia no es primordialmente un libro que contiene un conjunto de problemas que es necesario resolver. La Biblia contiene la dramática historia de cómo Dios está empeñado en la salvación del mundo. Su personaje central es Jesucristo; el climax de esa historia es su muerte y resurrección.

Todo esto y mucho más es lo que la iglesia tiene en mente cuando afirma que el núcleo de la Biblia es la “**revelación redentora de Dios**”.

2. La Creación - La Caída - La Redención (Col. 1:15-20)

Creación, caída y redención son términos que la fe reformada utiliza para organizar y entender el mensaje y la historia de la Biblia. Dios creó al mundo; éste cayó en pecado; Dios lo redimió y lo continúa redimiendo por medio de la obra de Cristo. Esa redención llegará a su culminación cuando El Señor cree un nuevo cielo y una nueva tierra.

Más adelante hablaremos con mayor detalle acerca de la importancia de la doctrina de la creación. En este punto queremos señalar la importancia crucial de la enseñanza bíblica acerca del *ser humano como portador de la imagen de Dios*.

"Entonces dijo: "Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza. Que tenga dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo; sobre los animales domésticos, sobre los animales salvajes, y sobre todos los reptiles que se arrastran por el suelo". Y Dios creó al ser humano a su imagen; lo creó a imagen de Dios. Hombre y mujer los creó"
(Gn. 1:26-27).

Las enseñanza bíblica de que los seres humanos son creados a la imagen de Dios es crucial para conocernos a nosotros mismos y para conocer a Dios. Los seres humanos ponen de manifiesto la imagen de Dios cuando cumplen con el mandamiento de gobernar sobre todas las cosas (v.26) y en la medida en que viven en comunión y armonía los unos con los otros.

Como dice Juan Calvino al comienzo de su **Institución**, los seres humanos aprenden a conocer más de ellos mismos a medida que aprenden más de Dios, y aprenden más de Dios a medida que aprenden más de sí mismos. Esto es así porque los seres humanos han sido creados a la imagen de Dios.

Esta verdad de que los seres humanos son portadores de la imagen de Dios, tiene implicaciones en casi todas las áreas éticas que competen a la iglesia. Entre ellas se encuentran el aborto, la sexualidad, el matrimonio, el abuso, la pena capital, la guerra, el racismo y el trato a personas discapacitadas. Pocas doctrinas bíblicas tienen tanta importancia en el discurso ético de la

iglesia, como la doctrina de la creación de la raza humana a la imagen de Dios.

3. *La Gracia* (*Efesios 2:8-10*)

La gracia es el favor inmerecido de Dios hacia quienes son indignos de recibirlo, es decir, todos los seres humanos. La gracia es el amor que Dios da gratuita, libre e incondicionalmente a las personas que no pueden hacer nada para obtenerlo, pero que sólo pueden recibirlo como un regalo. La gracia es el amor del Padre en la parábola del hijo prodigo, que lo mueve a darle la bienvenida y aceptar al hijo perdido, no porque el hijo hizo esto o aquello, sino simple y sencillamente porque el padre amaba a su hijo sin condiciones. La gracia es la verdad sorprendente de que nada de lo que nosotros hagamos logrará que Dios nos ame más o menos. El nos ama porque es rico en amor.

Históricamente cuando los reformados hablan de la gracia, ponen énfasis en el hecho de que la salvación es un regalo de Dios, y no un logro humano. Tal como lo dice Pablo: “*Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte. Porque somos hechura de Dios, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios dispuso de antemano a fin de que las pongamos en práctica*” (*Efesios 2:8-10*).

Los “cinco puntos del calvinismo” son doctrinas reformadas que subrayan la naturaleza radical de la gracia de Dios. Se encuentran resumidas bajo estos encabezados: Depravación total, Elección incondicional, Expiación limitada, Gracia irresistible y Perseverancia de los santos. A menudo estos cinco puntos han sido mal interpretados, ya que se piensa que se enfocan principalmente en las fallas humanas. Pero en realidad, su énfasis central está en la gracia abundante de Dios. Las enseñanzas bíblicas que ponen de realce la gracia de Dios son algunas de las más ricas de toda la Escritura.

- **Depravación Total**

Cada ser humano y cada parte de la existencia humana fue corrompida por el pecado, dejando a la humanidad sin ayuda y sin esperanza, excepto por la gracia de Dios. Pablo

dice: “En otro tiempo ustedes estaban muertos en sus transgresiones y pecados.” (Ef. 2:1). En su condición pecaminosa, los seres humanos no solamente están debilitados, enfermos y en desventaja. Están muertos, incapacitados para hacer algo por sí mismos, imposibilitados para creer y sin la ayuda de Dios.

- **Elección Incondicional**

En su divina misericordia, Dios ha escogido a los creyentes y los ha llamado a venir a él en amor aun antes de que nacieran, de hecho, antes de que el mundo fuera creado. “Dios nos escogió en él (Cristo) antes de la creación del mundo, para que seamos santos y sin mancha delante de él. En amor nos predestinó para ser adoptados como hijos tuyos por medio de Jesucristo, según el buen propósito de su voluntad” (Ef. 1:4-5). Dios no eligió a sus hijos basado en un conocimiento previo de quién creería; lo hizo “según el buen propósito de su voluntad”.

- **Expiación Limitada**

La gracia salvadora de Dios no es universal, sino particular, y es dada solamente a aquellos a quienes Dios escogió desde la eternidad.

“Porque a los que Dios conoció de antemano, también los predestinó a ser transformados, según la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. A los que predestinó, también los llamó; a los que llamó, también los justificó; y a los que justificó, también los glorificó” (Ro. 8:29-30).

- **Gracia Irresistible**

Es la gracia de Dios, y no la decisión humana, el factor decisivo en la salvación. Los creyentes no escogen y aceptan a Dios; El los escoge y acepta a ellos. Jesús enseñó que “ninguno puede entrar en el reino de Dios sin haber nacido del agua y del Espíritu” (Jn. 3:5) y “nadie puede venir a mí al menos que sea dirigido por el Padre que me envió” (Jn. 6:44). Es cierto que la fe es un acto y decisión humanos. Pero aun ésta fe es un regalo de Dios (Ef. 2:8).

- **Perseverancia de los Santos**

Por su poder Dios preserva a los creyentes, los mantiene seguros bajo su cuidado y no permitirá que nada o nadie los separe de él.

Jesús así lo afirmó: “*Mis ovejas oyen mi voz; yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy vida eterna, y nunca perecerán, ni nadie podrá arrebatármelas de la mano*” (Jn. 10:27-28).

Los creyentes están seguros bajo el cuidado firme de Dios. No es tanto que los creyentes se sujeten de Dios como que Dios los tome con su mano. Esto es lo que significa *la eterna seguridad del creyente, la perseverancia de los santos*. Como dice Pablo al final de Romanos 8:

“*Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿La tribulación, o la angustia, la persecución, el hambre, la indigencia, el peligro, o la violencia? . . . en todo esto somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Pues estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles, ni los demonios, ni lo presente, ni lo por venir, ni los poderes, ni lo alto ni lo profundo, ni cosa alguna en toda la creación, podrá apartarnos del amor que Dios nos ha manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor*” (Ro. 8:35, 37-39).

Cuando los reformados quieren hablar de su salvación, no les queda más que quedarse mudos ante la realidad contundente de que la salvación es obra de Dios - de principio a fin; es un regalo de la gracia de Dios. Así lo expresa un himno: “Nada traigo en mis manos a tu luz, solamente me abrazo de tu cruz”.

4 El Pacto (Jeremías 31:31-34)

El Pacto es uno de los conceptos bíblicos más ricos para describir la relación de Dios con su pueblo. La palabra *pacto* significa un acuerdo entre socios que los une y les exige cumplir promesas y obligaciones. Es muy significativo que la Biblia, especialmente en el Antiguo Testamento, personifica una y otra vez a Dios como Aquel que se compromete a sí mismo con su pueblo por medio de una promesa, de un obligación, de un pacto. Dios no está obligado a prometerle nada a nadie. Sin embargo lo hace repetidamente: Dios promete amar y estar con Noe, Abraham, Moisés, David y sus descendientes.

La Biblia entera está estructurada alrededor de los grandes pactos que Dios hace con su pueblo y con otros. Además, se puede apreciar mejor la unidad de la Biblia cuando se considera el *Pacto de Gracia*. Una de las razones por las que

se escuchan más sermones sobre el AT en las iglesias Reformadas que en muchas otras iglesias, es porque los predicadores reformados no ponen al AT en contra del NT, sino que los ven como una unidad. Para ellos, ambos testamentos revelan el desarrollo del Pacto de Gracia, que comienza con la promesa de Dios a Adán y Eva con respecto a que su simiente habría de aplastar la cabeza de la serpiente, y culmina con la creación de la nueva ciudad de Dios, descrita en Apocalipsis 22.

El concepto del *pacto* - que describe a Dios comprometiéndose a sí mismo con su pueblo por medio de una promesa y un contrato - es un concepto muy rico que ayuda a entender la actividad salvadora de Dios en nuestros días. En el culto, Dios nos renueva sus promesas del pacto, y nosotros renovamos nuestros votos hacia él. La predicación declara y ofrece las promesas del pacto de Dios. La Santa Cena es una señal del nuevo pacto de Dios. En el bautismo Dios nos promete y se compromete a ser fiel a nuestros hijos. Los hermanos de la iglesia le hacen promesas a Dios y se las hacen los unos a los otros.

Todas estas promesas forman una cadena de compromisos, de relaciones comunitarias, que se cristalizan en lo que nosotros conocemos como el **Cuerpo de Cristo, La Iglesia**. En este contexto, la membresía de la iglesia cobra mayor importancia, ya que cuando una persona se une a la iglesia, no solamente está inscribiendo su nombre en la lista de miembros de una organización, sino que está haciendo un pacto con Dios y con los otros creyentes. Bajo esta perspectiva, salir de una congregación para ir a otra es un asunto de mucho peso, ya que rompe el pacto, las conexiones y compromisos que se hicieron con toda la congregación.

La doctrina del pacto adquiere una importancia estratégica para la iglesia cuando ésta vive en el seno de una cultura individualista. En una época en la que la sociedad trata desesperadamente de descubrir cómo se desarrollan el carácter y la moralidad, los reformados tiene mucho qué aportar ya que entienden lo importante que es hacer promesas y, sobre todo, cumplirlas. Nuestra sociedad

necesita comunidades ligadas fuertemente por sus promesas y compromisos mutuos. La iglesia necesita hoy día poner énfasis sobre el pacto para entender mejor a Dios y a la iglesia.

5 La Gracia Común (Mateo 5:43-48)

La gracia común de Dios, a distinción de su gracia salvadora, se refiere a la actitud bondadosa de Dios que se extiende a la humanidad en general, lo mismo a creyentes que a no creyentes. La iglesia reformada ha observado tres evidencias muy claras de la gracia común de Dios en el mundo. La *primera* se encuentra en el hecho de que Dios le da talentos o dones naturales a los creyentes y a los no creyentes. No es necesario ser cristiano para poder ser un excelente pianista, abogado o científico. La *segunda* tiene que ver con que Dios restringe el pecado en toda la humanidad. Debido al pecado, los seres humanos no son tan buenos como debieran; pero por la gracia común, no son tan malos como podrían serlo. Esta es la razón por la cual a menudo los no creyentes parecen ser mejores personas que los creyentes. Virtudes como la paciencia, el valor y la compasión nunca dejan de evidenciarse en toda persona como portadora de la imagen de Dios. La *tercera* evidencia consiste en que Dios le permite a los no creyentes hacer actos positivos que resultan en el bien común. Dios preserva un sentido básico de justicia civil que le permite a las sociedades humanas funcionar de manera ordenada. La gracia común previene que la sociedad, minada y distorsionada por el pecado y el mal, se desintegre totalmente.

Esta enseñanza sobre la gracia común tienen muchas implicaciones en cuanto a la manera en que los cristianos viven y sirven en el mundo. La gracia común de Dios es un modelo de gracia que los cristianos deben encarnar no solamente en la iglesia, es decir, en su relación con otros creyentes, sino también en el mundo y en la manera en que se relacionan con otras personas.

La gracia común es un estímulo para que los creyentes desarrollen puntos positivos de contacto con los no creyentes, dado que viven en el mundo juntos y persiguen fines en común. Los

cristianos deben prestarle mucha atención no solo a lo que los separa, sino sobre todo a lo que los une con todo tipo de personas. La gracia común explica por qué los cristianos pueden apreciar películas, novelas, y obras de arte producidas por no creyentes, y aún así valorarlas como regalos que Dios nos da con bondad. A veces los creyentes descubren en dichas obras evidencias de la trascendencia y de la gracia.

La gracia común le recuerda a los cristianos que el conflicto de esta era (lo que Abraham Kuyper llamó la “antítesis”) se da entre Dios y Satán, no entre los cristianos y los no cristianos. La batalla no es entre dos grupos de personas, sino entre dos poderes espirituales que, significativamente, residen en cada persona.

La enseñanza de la gracia común llama a la iglesia a tener objetivos múltiples en su ministerio que correspondan a los objetivos divinos que también son múltiples y variados. Ministerios tales como las despensas de los diáconos, la capellanía en los hospitales y la consejería matrimonial que ofrecen los pastores, son parte de la misión de Dios de salvar al mundo, a pesar de que los que se benefician de tales ministerios no sean creyentes ni quieran serlo.

El deseo más profundo de los cristianos es que cada persona en el mundo se poste delante de Jesús y reconozca su señorío. Pero sin perder de vista esa misión de Dios, la iglesia ministra en diversas situaciones y con objetivos múltiples, sin subordinar el valor de un ministerio a otro. Hay muchas maneras de glorificar a Dios y todos estos ministerios tienen su propia integridad y propósito en la misión de Dios para salvar al mundo.

La manera en que experimentamos nuestra relación cotidiana con Dios: El énfasis en la piedad

Es importante poner de realce una vez mas que estas tres modalidades o maneras de entender la vida cristiana (confesional, pietista y transformacional) tienen mucho en común. Los cristianos no pueden separar sus creencias de la manera en que experimentan a Dios en su diario caminar de fe ni de cómo relacionan el evangelio con el mundo. Dicho esto, sin embargo, debemos reconocer que estos tres acercamientos reflejan diferentes énfasis, no sólo dentro de la ICR sino también en el seno de la iglesia cristiana en su sentido más amplio.

1 Relación personal con Jesús (Romanos 8:38-39)

Cuando los cristianos están a punto de morir, sus pastores a menudo usan la primera pregunta y respuesta del Catecismo de Heidelberg para recordarles cuál es el corazón centro de su fe: “¿Cuál es tu único consuelo tanto en la vida como en la muerte? Que yo, con cuerpo y alma, tanto en la vida como en la muerte ...le pertenezco a mi fiel Salvador Jesucristo.”

El corazón de nuestra fe se encuentra en nuestra relación personal con Jesús. Como lo dice Pablo en Romanos 8:

“Pues estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles, ni los demonios, ni lo presente, ni lo por venir, ni los poderes, ni lo alto ni lo profundo, ni cosa alguna en toda la creación, podrá apartarnos del amor que Dios nos ha manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor” (Ro. 8:38-39).

A menudo la tradición reformada ha sido mal interpretada; el estereotipo es que pone demasiado énfasis en la “cabeza” - conocer la doctrina correcta - y no en el “corazón”- nuestra relación personal con Cristo. Sin embargo, el Catecismo de Heidelberg, la declaración de confesión más usada y amada por la ICR, esta lleno de referencias que muestran la importancia de la relación personal que el cristiano tiene con

Jesucristo. Es una declaración de fe escrita en un tono profundamente pastoral y personal.

No todos los cristianos ni sus tradiciones de fe están abiertos y dispuestos a hablar de su relación con Cristo de ese modo. De hecho, la iglesia Reformada en Holanda, la iglesia madre de la ICR, rompió con la Iglesia Estatal, precisamente porque ésta se había hecho muy liberal y se avergonzaba de usar el lenguaje “del corazón”. Muchas iglesias hoy día no quieren llamar a la gente a tener un encuentro personal con Cristo Jesús. Y si bien es cierto que los cristianos reformados consideran que la obra de Cristo abarca mucho más que la relación del creyente con Jesús, no por eso menoscapan la unión personal con Jesús.

Es importante señalar que los cristianos reformados se sienten muy incomodos ante la tendencia que tienen las iglesias evangélicas americanas de hablar acerca de la relación personal con Cristo, de una manera que limita indebidamente el enfoque de la vida cristiana. Esta es mucho más que nuestros afectos y sentimientos hacia Cristo.

Es posible que la condición interna del creyente pueda ser el mejor punto de referencia para la obediencia cristiana; pero a menudo no lo es. En una cultura terapéutica, como en la que vivimos hoy día, dominada por la búsqueda de la felicidad interna y la auto-realización, a los cristianos reformados les preocupa que el lenguaje de una “relación personal con Cristo” no opague otras áreas de igual importancia y a menudo más adecuadas para entender y poner en práctica la vida cristiana.

2 El Espíritu Santo (Romanos 8:1-7)

El Espíritu Santo es una de las tres personas de la Santísima Trinidad. Los cristianos bíblicos buscan tener una apreciación balanceada y apropiada de la tarea que cada persona de la Trinidad desempeña. Por ello, ponen énfasis en la obra de Dios el Padre en la creación, del Hijo en la redención y del Espíritu Santo en la santificación. Además, hacen énfasis en la unidad y compañerismo del ser divino y la manera en que la Escritura ha revelado a Dios como una comunidad divina, compuesta por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Por tanto,

en la vida y compañerismo que se dan en Dios mismo, los cristianos encuentran el modelo de la comunión y el amor sacrificial para los que fueron creados y redimidos.

Dentro de esta comunidad Trinitaria, el Espíritu Santo es el Santificador del pueblo de Dios y de la vida y testimonio de la iglesia. La obra del Espíritu Santo lo abarca todo. El es el dador de la vida espiritual; él es quien renueva a los creyentes para que sean como Cristo; él es quien les da su fruto: amor, alegría, paz, paciencia, benevolencia, generosidad, mansedumbre, fidelidad y auto control; y, finalmente, él es quien le da dones a la iglesia para capacitarla para el ministerio.

Juan Calvino y el Catecismo de Heidelberg ofrecen una rica y vibrante teología del Espíritu Santo. Un teólogo del siglo xix dijo que Calvino era un “teólogo del Espíritu Santo.” Las Confesiones Reformadas ponen especial énfasis en las siguientes obras del Espíritu Santo:

- Le da al creyente una fe salvadora y nueva vida espiritual.
- Le asegura al creyente la vida eterna.
- Renueva al creyente para que se asemeje a Cristo (la santificación).
- Por la palabra de Dios y el Espíritu, Cristo une a su iglesia. El Espíritu Santo la edifica.
- El Espíritu Santo está activo en los sacramentos, uniéndonos al cuerpo y la sangre de Cristo, quitando nuestros pecados con su sangre y haciendo eficaz la presencia verdadera del Mesías en el bautismo y la Santa Cena. De hecho, el culto cristiano solamente es posible por la vida y obra del Espíritu Santo en la iglesia.

Muy a menudo la gente asocia al Espíritu Santo con cierta forma de piedad o con algunos dones extraordinarios (sanidad, hablar en lenguas, profecía, etc.). La enseñanza acerca del Espíritu, esbozada anteriormente, deja claro que su trabajo es amplio, que abarca todo aspecto de la vida del creyente, del ministerio de la iglesia y del plan redentor de Dios.

Es importante mencionar brevemente el papel que la oración juega en la vida cristiana y en la iglesia. De acuerdo al Catecismo de Heidelberg,

la oración es la parte central de la vida cristiana y de la gratitud. Los cristianos oran para darle gracias a Dios y para pedirle que les conceda los dones de su gracia y del Espíritu Santo (pregunta y respuesta # 116). El Espíritu Santo es tanto el objeto como el sujeto de la oración cristiana. El capacita a los cristianos para orar y es el don que reciben quienes oran. Una comprensión viva y amplia del Espíritu Santo siempre irá acompañada de una práctica de la vida cristiana igualmente viva y amplia.

Finalmente, una relación rica y llena de vitalidad con el Espíritu Santo es virtualmente inseparable del culto cristiano. Este es una forma de relación entre Dios y su pueblo; de principio a fin se realiza con el poder del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo es central para comprender la presencia real de Cristo en los sacramentos y en la predicación; ellos se experimentan como encuentros con Dios por la presencia plena del Espíritu Santo. Una adoración renovada, donde sea que se lleve al cabo, sólo es posible por la obra del espíritu Santo.

3 La Gratitud (Colosenses 3:15-17)

Una cuestión de vital importancia en la vida cristiana es “¿Qué es lo que motiva al creyente? ¿Cuál es la raíz de la disposición que hace posible la vida cristiana? La respuesta de la Biblia, que es un énfasis propio de la fe reformada, es la gratitud. No es la culpa, ni el temor ni la obligación de obedecer la ley. Toda la vida cristiana se puede entender como una respuesta de gratitud.

En Colosenses 3, el apóstol Pablo expone las bases de nuestra vida en Cristo y menciona la gratitud tres veces:

“Que gobierne en sus corazones la paz de Cristo, a la cual fueron llamados en un solo cuerpo. Y sean agradecidos. Que habite en ustedes la palabra de Cristo con toda su riqueza: instrúyanse y aconséjense unos a otros con toda sabiduría; canten salmos, himnos y canciones espirituales a Dios, con gratitud de corazón. Y todo lo que hagan, de palabra o de obra, háganlo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias al Dios Padre por medio de él.” (Col. 3:15-17).

Es irónico que los cristianos que enfatizan la gratitud como la fuente que da energía a toda

disposición y acción cristiana, puedan ser seducidos por el legalismo - conformidad externa a reglas que señalan lo que se puede y no se puede hacer - ya que éste aleja a los creyentes de Cristo. El legalismo hace que la gente se preocupe de cómo su vida religiosa es valorada por los demás y no de cómo le parece a Dios. Un espíritu legalista está muy lejos de ser un espíritu agradecido.

A menudo el legalismo ha infectado la piedad de los miembros de la ICR y debe reconocerse como lo que es: una perversión, un fracaso, un pecado que debe ser confesado y una contradicción de esta enseñanza bíblica: toda obediencia fluye de un corazón agradecido.

Una de las características más significativas del Catecismo de Heidelberg es el lugar donde está colocada su enseñanza sobre los diez mandamientos. De las tres secciones del Catecismo -nuestra culpabilidad, la gracia de Dios y nuestra gratitud - los Diez Mandamientos están colocados en la sección de la gratitud. Los cristianos no obedecen a Dios para deshacerse de su culpa o para ganar su salvación. Obedecen porque Dios ya les quitó su culpa y les ha dado el regalo de la salvación. La obediencia es la forma cristiana de darle gracias a Dios por el regalo de la salvación, no la manera de ganársela.

Al enlazar la obediencia con la gratitud no significa que la obediencia sea menos importante. No quiere decir que los cristianos solamente deberían obedecer a Dios los días que se sienten agradecidos. El deber, la disciplina, el llamado y la obligación todavía siguen siendo marcas importantes de la piedad cristiana. Por el contrario, la culpabilidad, el temor y el moralismo tienen severas limitaciones para motivarnos a vivir la vida cristiana. Toda obediencia, en última instancia, debe fluir de una profunda fuente de gratitud, de un corazón agradecido.

4 La Iglesia (Efesios 4:1-16)

Los cristianos reformados creen con todo su corazón que pertenecer a Cristo es pertenecer a aquellos que pertenecen a él. Muchos cristianos tienen la falsa noción de que uno puede ser cristiano sin tener ninguna conexión con la iglesia, el cuerpo de Cristo. Para

muchos cristianos estadounidenses lo más importante en la vida cristiana es tener una relación personal con Jesús y sentirse bien con sus afectos interiores. Una perspectiva tan estrecho, muy pronto degenera en algo interno y subjetivo y, en consecuencia, desconectado de la iglesia. Es verdad que una relación personal con Jesús y la presencia del Espíritu Santo en nuestros corazones son parte esencial de la experiencia cristiana. Pero es también cierto que esa relación encuentra su expresión concreta en la iglesia, que es la comunidad del pacto, los hijos e hijas que Dios ha reunido y sigue reuniendo en una sola familia.

La iglesia como el cuerpo de Cristo tiene una importancia estratégica en la gran misión de Dios. Lejos de existir para sí misma, la iglesia existe para proclamar el evangelio a las naciones y para llamar a la gente a la fe y al discipulado. Pedro claramente entrelaza la identidad de la iglesia con su propósito:

“Pero ustedes son linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo que pertenece a Dios, para que proclamen las obras maravillosas de aquel que los llamó de la tinieblas a su luz admirable” (1 P. 2:9).

Cuando las iglesias viven para algo más que su propia seguridad institucional y se entregan ellas mismas en fe y obediencia a la misión de Dios, entonces experimentan la bendición del Señor. La enseñanza de Jesús que “aquellos que quieren salvar su vida la perderán, y los que la pierdan por culpa de su nombre la encontraran” (Mt. 16:25), se aplica tanto a la iglesia como a los individuos. Las iglesias que pierden su vida por razón de Cristo y se dedican al propósito de la misión de Dios, al final encontraran su vida.

También es importante entender que la iglesia, a la que los creyentes están orgánicamente ligados, es una iglesia mundial tanto en su historia como en su diversidad. Estar en Cristo es estar reconciliados el uno con el otro y ser parte de una comunidad racial y étnicamente diversa. Hacer justicia y buscar la reconciliación no son simples opciones para las iglesias; constituyen la marca fundamental de la iglesia, que es la nueva comunidad de Dios.

“Porque Cristo es nuestra paz: de los dos pueblos ha hecho uno solo, derribando mediante su sacrificio el muro de enemistad que nos separaba, pues anuló la ley con sus mandamientos y requisitos. Esto lo hizo para crear en sí mismo, de los dos pueblos una nueva humanidad al hacer la paz, para reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo mediante la cruz, por la que dio muerte a la enemistad. El vino y proclamó paz a ustedes que estaban lejos y paz a los que estaban cerca. Pues por medio de él tenemos acceso al Padre por un mismo Espíritu” (Ef. 2:14-18).

Hoy en día, los cristianos de Norte América tienden a minimizar la importancia de su identificación con la iglesia a nivel mundial. “¿A quién le interesa la historia de la iglesia o la iglesia mundial?” Sin embargo, debemos recordar que la iglesia no se inventó en los ochentas en el sur de California, o en el siglo xix en Grand Rapids, Michigan.

La iglesia debe reconocer la profunda solidaridad que tiene con la iglesia de todos los tiempos y lugares. Este es un antídoto muy necesario contra el individualismo extremo de nuestra época que hace que los cristianos piensen que su santificación es algo interno e individual. Es necesario aprender que la vida cristiana es un peregrinaje en el cual uno se conecta con las prácticas y hábitos de cristianos de muchos y muy diversos lugares y épocas de la historia.

Esta solidaridad con la iglesia universal y esta apreciación por la tradición no deben ser un impedimento para el cambio e innovación en la iglesia. Un principio reformado clave es que “una iglesia reformada debe estar siempre reformándose.” La reforma misma fue una renovación radical de la iglesia. Por eso es que la iglesia está llamada a reformarse y renovarse, a morir y resucitar continuamente. La iglesia es un organismo vivo y está vitalmente conectada a Cristo, como la rama a la viña. Por ello es que siempre está creciendo y cambiando.

5 La Palabra y los Sacramentos (Mt. 28:16-20; Ro. 10:14-15; 1 Cor. 11:23-26)

El culto público es una de las principales maneras por medio de las cuales los cristianos nutren su fe y cultivan su relación con Dios. Para los cristianos reformados, el corazón del culto es la predicación de la palabra de Dios y la celebración de los sacramentos. Es

significativo que los ministros de la ICR sean ordenados *para ministrar la Palabra y los sacramentos*.

Los cristianos reformados ponen muy en alto la predicación. Esta no es solamente una charla en la que el predicador habla de Dios. Es, más bien, un encuentro con Dios en el cual el predicador, lleno del Espíritu, al leer la Escritura y predicarla, proclama *la Palabra de Dios*. Los reformados hablan del sermón como la Palabra de Dios para subrayar así el significado revelacional de la predicación en el contexto del culto público. En este contexto, es significativo que en el culto reformado, se invoca al Espíritu Santo no solamente en el contexto de los sacramentos, sino también antes de la lectura y predicación de la Palabra. Es lo que se llama una oración para que él ilumine tanto al predicador como a los oyentes.

A medida que la renovación del culto se lleva al cabo alrededor del mundo y en la ICR, también ha surgido un renovado interés en la santa cena y en el bautismo. Es importante poner de relieve dos énfasis particulares de los reformados con respecto a los sacramentos. Primero, los cristianos reformados reconocen y celebran todos los temas bíblicos asociados con cada sacramento. Así como un diamante tiene muchas facetas y ángulos desde los cuales se puede observar, así en las Escrituras, cada sacramento es visto desde distintas perspectivas.

Por ejemplo, el bautismo está relacionado con el llamado al discipulado (Mt. 29:19), con el regalo de la salvación (Mr. 16:16), con el recibimiento del Espíritu Santo (Lc. 3:16; Hch. 8:16; 10:44-47), con el nuevo nacimiento (Jn. 3:3), con el perdón y el lavamiento (Hch. 2:38; 22:12), con el morir y resucitar con Cristo (Ro. 6:4; Col. 2:8), con la incorporación a la Iglesia (1 Cor. 12:13), con las nuevas vestiduras de Cristo (Gá. 3:27) y con la unidad del Cuerpo (Ef. 4:5).

La Cena del Señor también está ligada a muchos temas de la Biblia incluyendo la renovación del pacto (Ex. 24:8), la acción de gracias, el perdón, la esperanza escatológica de una fiesta celestial (Mt. 26:26-29), la expiación (Mr. 14:12), el alimento espiritual (Jn. 6:35), la memoria (1 Co. 11:24) y la proclamación (1 Co.

11:26). La tradición Reformada intenta reconocer y celebrar todas estas dimensiones bíblicas que tienen los sacramentos.

Un segundo énfasis reformado con respecto a los sacramentos es la manera en que acentúan la acción de Dios. Cada sacramento involucra tanto la acción de Dios como la nuestra. Pero los cristianos reformados ponen énfasis en la acción de Dios en ambos sacramentos: la manera en que Dios, en su gracia, esta prometiendo, proclamando, alimentando, sosteniendo, confortando, desafiando, enseñando y asegurando a su pueblo su amor.

En otras palabras, los sacramentos son más que un ejercicio de parte de la persona que adora a Dios. Son celebraciones por medio de las que Dios, por medio del poder del Espíritu Santo, está presente entre nosotros y activamente alimenta nuestra fe y nos acerca a El. Los sacramentos son los medios por los cuales Dios verdaderamente viene a nosotros en su gracia.

Hoy día, la gente en todo el mundo está buscando ansiosamente lo misterioso y toda forma de trascendencia. Eso ha producido muchas formas nuevas de espiritualidad. Muchos cristianos anhelan experimentar la admiración y trascendencia en el culto; ellos desean palpar el poder de Dios y sentir su presencia divina en formas reales y poderosas. En un mundo así, los cristianos reformados tienen en su propia tradición del culto, un énfasis sobre la Palabra y el sacramento que resalta el gran encuentro entre Dios y su pueblo, que acontece en el culto cristiano bajo el poder del Espíritu Santo.

Cómo relacionamos el Evangelio con el mundo: El énfasis en la transformación

Cuando el reformado alude a éste énfasis, se refiere a un punto de vista con respecto a la relación de los cristianos con la cultura, a una cosmovisión. La pregunta clave para los que buscan la transformación es: “¿Cómo se relacionan los cristianos con la cultura que les rodea?” ¿Cómo promueven los cristianos el señorío de Cristo en la cultura y la sociedad? ¿Cómo presenta la iglesia el evangelio al mundo a su alrededor y evita el aislamiento que tan a menudo ha caracterizado la iglesia? Las siguientes expresiones ayudan a explorar lo que significa esta dimensión del ser reformado.

1 Jesús es el Señor (Isaías 52:7; Filipenses 2:10, 11)

Estas palabras vienen directamente de la Biblia. Pablo concluye ese gran himno de alabanza a Cristo con estas palabras: “... para que ante el nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo y en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiesa que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Fil. 2:10, 11).

Otra cita bíblica que los cristianos reformados usan para hacer la misma afirmación es: “**Nuestro Dios Reina.**”

¡Qué hermosos son, sobre los montes, los pies del que trae buenas nuevas; del que proclama la paz, del que anuncia buenas noticias, del que proclama la salvación, del que dice a Sión: “Tu Dios reina”!! (Is. 52:7)

La afirmación de que Jesús es el Señor obtiene un significado particular en el mundo moderno, plagado por el *dualismo*, el rompimiento devastador entre lo sagrado y la secular. La cosmovisión secular, que es lo que se respira en los Estados Unidos, quiere hacerle creer a los cristianos que el mundo realmente está fraccionado entre lo *sagrado* y lo *secular*. Está bien que los cristianos tengan a Jesús en su mundito sagrado. Y si quieren hablar de Jesús y sus pretensiones, que lo hagan dentro de ese pequeño mundo “sagrado.”

Para un cristiano reformado tal distinción entre lo sagrado y lo secular, no tiene valor. Para él son más importantes las palabras de Jesús: “*Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra*” (Mt. 28:18) y también la enseñanza de Pablo de que Dios resucitó a Cristo

“*...de entre los muertos y lo sentó a su derecha en las regiones celestiales, muy por encima de todo gobierno y autoridad, poder y dominio, y de cualquier otro nombre que se invoque, no sólo en este mundo sino también en el venidero*” (Ef. 1:20-21).

Bajo el liderazgo de Abraham Kuyper, los cristianos reformados rechazan categóricamente dicho dualismo sagrado-secular y declaran que Cristo es el Señor de todo lo creado. Así como el pasaje más conocido del Catecismo de Heidelberg es la primera pregunta y respuesta, también la cita mas conocida de Abraham Kuyper es, “No hay un solo centímetro cuadrado en todos los ámbitos de nuestra existencia humana, sobre el cual Cristo, que es el Señor soberano sobre todo, no clame: “¡es mío!”

2 El Reino (Mateo 6:10).

El concepto del señorío de Cristo sobre todas las cosas está íntimamente relacionado con el énfasis bíblico y reformado sobre el reino de Dios. Jesús dijo: “Se ha cumplido el tiempo, el reino de Dios está cerca. ¡Arrepiéntanse y crean las buenas nuevas!” (Mr. 1:14-15).

Jesús enseñó muchas paráboles acerca del reino. Además, le enseñó a los cristianos a orar: “Venga tu reino, hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo” (Mt. 6:10).

El reino de Dios es el dominio de Dios sobre todas las cosas. Dios es el Rey. El es soberano. El reina. Dios siempre ha reinado, pero su gobierno ha sido vindicado y establecido de una vez por todas en la muerte y resurrección de Jesucristo (Ef. 1:15-23; Col. 1:15-20).

El reino es una realidad presente y futura. Ya está presente” y “todavía no”. Jesús dijo que el reino se ha acercado y al mismo tiempo oró por que el reino venga.

Uno puede ver el fruto de este reino que “ya está presente” en los ministerios que la ICR tiene en muchos lugares. La lista que sigue es

solamente una pequeña muestra de tales actividades del reino.

- Escuelas y universidades cristianas en todos los EEUU y Canadá.
- La Escuela Cristiana Elim para niños con discapacidades físicas y mentales.
- La organización “Ciudadanos a favor de la Justicia Pública” en Toronto, Canadá.
- El Centro Cristiano de Gary, una asociación de desarrollo comunitario ubicada cerca de Jackson, Mississippi.
- El Centro para la Justicia Pública en Washington, DC.
- Los “Servicios de Consejería y Adopción Principios” en Ontario, Canadá.
- El Hospital cristiano Pine Rest en Grand Rapids, Michigan.

Cada uno de ellos es una actividad del Reino. Tales instituciones son más grandes que la Iglesia, el pueblo de Dios. Ellas son fruto del reinado de Cristo en el mundo; son parte del nuevo orden de paz, justicia y sanidad que Jesús ha introducido.

Los cristianos viven en esperanza porque el reino “todavía no” ha llegado en su plenitud. Los cristianos anticipan no solamente la derrota, sino el destierro de Satanás, cuando regrese glorioso Cristo y establezca el nuevo cielo y la nueva tierra, donde no habrá más lagrimas, ni quebrantamiento ni muerte y donde al nombre de Jesús se doblará toda rodilla y toda lengua confesará que Jesucristo es el Señor.

Estrechamente relacionado con éste énfasis sobre el reino, está el compromiso de buscar la justicia en la sociedad. Muchos pasajes de la Escritura exhortan a los cristianos a buscar la justicia, pero ninguno es más elocuente que el llamado de Miqueas a Israel:

“¡Ya se ha declarado lo que es bueno! Ya se te ha dicho lo que de tí espera el SEÑOR: Practicar la justicia, amar la misericordia, y humillarte ante tu Dios.” (Miqueas 6:8).

Es consecuente con un énfasis sobre el Señorío de Cristo y sobre el Reino de Dios, que los cristianos reformados sean fuertes promotores de un involucramiento en la vida de la sociedad. Y la justicia es, por lo general, lo que los cristianos

buscan cuando trabajan en áreas más amplias de la vida social.

Los teólogos y los filósofos han descrito así la relación entre el amor y la justicia. En términos generales, los cristianos interpretan que el llamado de Dios a amar, se aplica a las relaciones personales que ellos tienen con la gente que vive en su comunidad. La justicia es algo que los cristianos pueden buscar para toda la gente en todos los lugares. Ejemplos de la búsqueda de la justicia:

- Luchar contra leyes o prácticas que causan discriminación racial o inequidad económica.
- Promover en el sistema de justicia criminal un balance adecuado entre el castigo, la rehabilitación y la restauración.
- Promover políticas que disminuyan el sufrimiento humano, la pobreza y el hambre y que den esperanza a los miembros más débiles de la sociedad.

Debemos agregar aquí que la justicia bíblica y el concepto de justicia usado en los discursos políticos norteamericanos, a menudo tienen significados muy distintos. La justicia en la sociedad norteamericana tiende a enfocarse en los derechos individuales, lo que uno merece, lo que se le debe a un individuo.

El concepto de justicia en la Biblia ciertamente incluye una preocupación por los derechos individuales, lo cual tiene su raíz en el estatus exaltado de la persona humana como portadora de la imagen de Dios. Pero además resalta las nociones de justicia, obediencia a la ley de Dios, restauración de relaciones, rectificación de lo malo y promoción de todo lo que conduce a la honradez y la paz. La justicia en la Biblia está plenamente ligada al Reino de Dios y al nuevo orden de Dios caracterizado por la justicia y la paz.

3 Palabra y obra (Santiago 2:14-17)

Hermanos míos, ¿de qué le sirve a uno alegar que tiene fe, si no tiene obras? ¿Acaso podrá salvarlo esa fe? Supongamos que un hermano o una hermana no tienen con qué vestirse y carecen de alimento diario, y uno de ustedes les dice: "Que les vaya bien; abríguense y coman hasta saciarse", pero no les dan lo necesario para el cuerpo. ¿De qué servirá eso?

Así también la fe por sí sola, si no tiene obras, está muerta.” (Stg. 2:14-17)

Así como un entendimiento bíblico de la vida cristiana nos guía directamente hacia la iglesia, así un entendimiento bíblico de la iglesia, automáticamente nos lleva a entender la naturaleza de la misión de la iglesia en los siguientes términos: “palabra y obra.” Así, la misión de la iglesia tiene un componente de **palabra** (declaración) y uno de **obra** (acción).

- La iglesia proclama que Jesús es Señor y orienta a quienes se encuentran bajo la beneficencia del Estado.
- La iglesia llama a la gente a tener fe en Jesucristo y ayudar a los refugiados a establecerse.
- La iglesia edifica el cuerpo de creyentes y promueve la justicia en la sociedad.
- La iglesia tiene ancianos y diáconos.

Palabra y obra van juntas en la vida cristiana y en el ministerio de la iglesia. La iglesia no puede dividir su ministerio entre palabras y obras y ciertamente no puede escoger uno solo de ellos.

4 El Mandato Cultural (Gn. 1:27-28).

Mandato cultural es un término que uno escucha a menudo en círculos reformados fieles a la tradición de Abraham Kuyper. El Mandato Cultural se refiere específicamente al pasaje de Génesis 1:27-28.

“Dios creó al ser humano a su imagen; lo creó a imagen de Dios. Hombre y mujer los creó, y los bendijo con estas palabras: Sean fructíferos y multipliquense; llenen la tierra y sométanla; dominen a los peces del mar y a las aves del cielo, y a todos los reptiles que se arrastran por el suelo”.

Este es un mandamiento, una descripción del trabajo que Dios le dio a Adán y Eva en el principio mismo del mundo, cuando estaban en el Jardín del Edén. Dios le dio a Adán y Eva una posición de dominio sobre toda la tierra, una posición que incluía el poder para nombrar, lo cual, de maneras significativas, es un poder para crear. ¡Los seres humanos gobiernan el mundo con Dios!

El Salmo 8:5-6 dice: *“Pues lo hiciste poco menos que un dios y lo coronaste sobre la obra de tus manos; ¡todo lo sometiste a su dominio!* (Salmo 8:5-6).

El significado de esto no es que los seres humanos tienen un control absoluto y pueden hacer lo que quieran. No quiere decir que la gente puede dominar y explotar la creación a su gusto. Es todo lo contrario. Los seres humanos fueron hechos mayordomos; ellos son los responsables de hacer lo mejor que puedan con este mundo que Dios creó. Los hombres y mujeres son constructores, diseñadores y creadores.

El mandato cultural pone un énfasis muy fuerte en la creación. Algo que se deriva directamente de la doctrina de la creación y del mandato cultural es una apreciación por las ciencias. Los cristianos reformados no tienen una fuerte sospecha hacia la Ciencia (o a cualquier tipo de conocimiento) como lo hacen algunos cristianos. Dios se nos ha revelado a sí mismo por medio de dos libros: el libro de la Escritura y el de la Naturaleza. De éste último dice el salmista, *"Los cielos nos cuentan la gloria de Dios; y el firmamento proclama la obra de sus manos."* (Ps. 19:1). La Ciencia es una manera sistemática de "leer" el libro de la naturaleza. Cuando este libro parece contradecir la Escritura, los cristianos reformados vuelven a leer y estudiar ambos libros para ver donde es que están leyendo mal alguno de ellos. Lo cierto es que los dos libros no pueden contradecirse entre sí, ya que Dios es el autor de ambos.

La mayordomía del ambiente es otra gran implicación del mandato cultural y su énfasis sobre la creación. *"La tierra es de Dios y todo lo que está en ella"* (Ps. 24:1). Los cristianos deben ser guardianes de la tierra y de su medio ambiente. Este mundo no es nuestro para que hagamos con él lo que nos plazca. Es de Dios y él ha asignado a los seres humanos la tarea de ser sus mayordomos, guardianes y cuidadores.

5 Educación cristiana (Proverbios 9:10)

"El comienzo de la sabiduría es el temor del Señor; conocer al Santo es tener discernimiento."
(Proverbios 9:10).

Los cristianos reformados comparten con todos los cristianos un fuerte énfasis en la Educación Cristiana. Históricamente, la ICR en particular ha puesto énfasis en la importancia de

la educación cristiana no solamente en los hogares e iglesias, sino también en instituciones educativas - escuelas primaria, secundaria y universidades. Puesto que creemos que Cristo es Señor de toda la vida, incluyendo todas las áreas del aprendizaje, toda la educación debe estar centrada en Dios. Y dado que entendemos que debe haber una integración entre la fe y el aprendizaje, buscamos que Dios no sea dejado fuera de la educación a ningún nivel.

El mandato bíblico para la educación cristiana, que nos llama a integrar a Cristo en todas las facetas de la vida y del aprendizaje, se puede apreciar más claramente en Colosenses 1:15-17.

“El (Cristo) es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación, porque por medio de él fueron creadas todas las cosas en el cielo y en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos, poderes, principados o autoridades; todo ha sido creado por medio de él y para él. El es anterior a todas las cosas, que por medio de él forman un todo coherente”
(Colosenses 1:15-17).

Por esa razón, las escuelas cristianas fundadas por cristianos reformados se han edificado con una visión positiva: “todo aprendizaje tiene su raíz en Cristo”. Esto no quiere decir que los reformados se opongan a la educación pública. Como ciudadanos, los cristianos reformados por lo general apoyan el sistema de educación pública de su localidad; sostienen financieramente las escuelas cristianas y votan a favor de impuestos para la educación pública. Muchas congregaciones de la ICR tienen maestros y estudiantes en escuelas cristianas y también en las públicas. Aunque a menudo las escuelas cristianas han aislado a los cristianos de la comunidad en que viven, ésta tendencia no debe existir y debe rechazarse en todo tiempo. Todo el mundo, y no solamente la iglesia, es de Dios, y él en su gracia común, se preocupa por toda la gente, aun por aquellos que no lo reconocen. Los Cristianos Reformados tienen fuertes convicciones acerca de la educación centrada en Cristo; y también deben manifestar un sincero interés en el bienestar de toda la gente.

6 La vocación cristiana (Efesios 4:1)

En Efesios 4:1 el apóstol Pablo dice: “Vivan de

una manera digna del llamamiento que han recibido." La vida entera del cristiano - no solamente el domingo o durante las actividades de la iglesia - es una vocación o llamado divino, una respuesta al llamado de Dios de seguir a Cristo. En un mundo donde todas las cosas se mantienen unidas en Cristo, los cristianos ofrecen a Dios cada dimensión de sus vidas - su tiempo, su trabajo, sus dones, su creatividad, su riqueza y su diversión, como una ofrenda de acción de gracias y obediencia.

Muchas personas al oír la palabra "calvinista", inmediatamente piensan en "la ética laboral calvinista", una ética que consiste en trabajar duro, con honestidad y sintiéndose orgulloso de su trabajo. Esa ética tiene sus raíces en la convicción calvinista de que todo trabajo humano - ya sea que lo llamemos trabajo, carrera, profesión o llamado; o que implique una alta posición o una sencilla; independientemente de que se reciba un alto salario o que se trabaje voluntariamente, — es una respuesta al llamado de Dios y es una manera de cumplir el mandato cultural de Dios de gobernar la tierra y el llamado de Cristo a seguirlo.

Esta comprensión amplia del llamado de Dios sobre nuestras vidas, va más alla de nuestro trabajo cotidiano y hace de nosotros siervos conscientes de su tarea en el reino, que así sirven en el mundo de los negocios, en diversas profesiones, en el trabajo, en las tareas de la casa, en las organizaciones civiles, en la ciencia, en la educación, en la industria, en el campo y en el gobierno. Este énfasis en la vocación cristiana es una de las razones por las que la ICR ha tenido un aprecio muy especial por una educación en las artes liberales, en las cuales se enseña que cada área del conocimiento, desde la filosofía hasta la física, desde la biología hasta los negocios, es una respuesta al llamado de Dios. Esta comprensión de la vocación cristiana es saludable y fomenta un claro sentido de la mayordomía - nos compromete a usar el tiempo, los talentos, recursos y riquezas que Dios nos ha encomendado de manera sabia.

Integrando los tres acercamientos a la fe reformada

Se hizo notar anteriormente que estos tres énfasis reformados - doctrinal, pietista y transformacional — a menudo han funcionado como distintos acercamientos o mentalidades en la ICR. Es importante recalcar que una vida y teología cristianas bien balanceadas necesitan aprender a integrar los tres énfasis mencionados.

El énfasis doctrinal o confesional por sí mismo puede conducir a la exclusividad e inactividad. El énfasis pietista, aislado de los demás, solo puede conducirnos al individualismo y a la falta de discernimiento de las dimensiones más amplias del cristianismo. Si sólo se pone énfasis en la transformación, podemos llegar a tal grado de inclusividad que la antítesis entre Cristo y el maligno ya no se pueda distinguir.

Cada énfasis, aislado de los demás, lleva a una actitud arrogante que devalúa sin caridad los otros énfasis. La clave para desarrollar un ministerio saludable se encuentra en vivir con una visión integrada y completa de la vida cristiana.

Finalmente, podríamos preguntar si esta declaración de identidad es descriptiva o prescriptiva. ¿Describe esta afirmación de identidad lo que es la ICR o prescribe lo que debe ser? La respuesta es que es tanto prescriptiva como descriptiva. Esta afirmación de identidad debe ser considerada como una descripción de la fe reformada, en su sentido más amplio, y también como un llamado ferviente a vivir más plenamente esta visión bíblica.

Que Dios le otorgue a la iglesia, lo que oró el apóstol Pablo: “*el Espíritu de sabiduría y revelación, para que lo conozcan mejor.*” (Efesios 1:17).

“Al que puede hacer muchísimo más que todo lo que podamos imaginarnos o pedir, por el poder que obra eficazmente en nosotros, ja él sea la gloria en la iglesia y en Cristo Jesús por todas las generaciones, por los siglos de los siglos! Amén (Ef. 3:20-21).

Page 59 is blank

Page 60 is blank

Page 61 is blank

Page 62 is blank

Page 63 is blank

Page 64 is blank